

OUSMAN UMAR



VIAJE AL PAÍS DE LOS BLANCOS



La odisea de un joven que arriesgó su vida por un futuro mejor.

Mi nombre es Ousman Umar. Sé que nací un martes, no sé de qué mes ni de qué año porque en mi tribu eso no importa. Crecí en la sabana africana. Caminaba siete kilómetros para ir a la escuela. Mi vida era feliz y sencilla, hasta que un día, entre juegos, vi un avión volar. Desde ese momento quise ser piloto, ingeniero, todo, menos negro. La curiosidad por conocer el mundo me empujó a hacer un viaje sin retorno hacia el País de los Blancos.

A los trece años crucé el Sahara a pie, el mar en patera y vi morir en el camino a la mayoría de mis compañeros de viaje, entre ellos a mi mejor amigo. Cuatro años después de comenzar esa hazaña, logré llegar a España y, tras varios meses durmiendo en la calle, me acogió una familia. La primera noche que dormí en su casa, pese a las

comodidades y el confort, me puse a llorar como un niño. ¿Por qué había sufrido tanto? ¿Por qué tanta lucha? ¿Qué había hecho mal?

Ahora, necesito contar esta historia, hasta que no haya más historias como esta que contar.



Ousman Umar

Viaje al país de los blancos

ePub r1.0

Titivillus 09.07.2022

Título original: *Viaje al país de los blancos*
Ousman Umar, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A Musa y a todos los que cada día
pierden la vida en el camino hacia el País
de los Blancos.

A mi madre, por darme la oportunidad de
volver a nacer, y a mi padre, por haberme
apoyado en todo momento

El camino del infierno

Aquel hombre se quedó sentado. Solo. En medio de las dunas del desierto. Llevábamos ya varios días caminando, fiándonos de un compañero que decía conocer el camino para escapar de las arenas eternas. No teníamos comida ni agua. La esperanza iba menguando día a día. No se veía nada ni a nadie alrededor. El viento soplaba, el aire quemaba al respirar.

Aquel hombre, el hombre que se quedó sentado, ya no podía más, sus fuerzas se habían agotado completamente.

—Seguid sin mí —dijo.

No le importaba morir.

—Saca fuerzas —le pidieron algunos—.

Aguenta. Llegaremos pronto.

—Seguid sin mí —repitió el hombre.

—No puede quedar mucho camino.

—Seguid sin mí.

—Nos vamos a salvar, somos los elegidos.

—Seguid sin mí...

Se quedó sentado, solo, en medio de las dunas del desierto. Los demás seguimos el camino lentamente. Lo vimos desaparecer poco a poco a nuestras espaldas. Lo imaginé agonizando durante varios días en el silencio hasta exhalar un último suspiro, débil como el de un pájaro. Y quedarse seco y rígido, como los otros cadáveres que habíamos ido encontrando.

El desierto está lleno de cadáveres que salpican las dunas. A nosotros, unos mafiosos nos habían abandonado a traición en medio de la nada, sin ninguna explicación. Queríamos llegar al Paraíso, a la Tierra Prometida. Éramos cuarenta y seis personas. Solo sobrevivimos seis.

El niño que nació un martes

Sé que nací un martes, no sé de qué mes ni de qué año porque en mi tribu eso no importa. Lo que sé con seguridad es que nací en un país africano de clima tropical llamado Ghana. Mi pueblo, en la región de Brong-Ahafo, distrito de Techiman, está en medio de la selva, rodeado de frondosa vegetación. Es una zona muy fértil: se cae una semilla al suelo y brota una planta. Cuando nací mi madre murió en el parto. Según la tradición de mi tribu, los walas, que viven al noroeste del país, cuando esto sucede se abandona al niño porque lleva consigo una maldición. Se le deja morir. Por fortuna mi padre, llamado Seidú (aunque también era conocido como Mosi), formaba parte de la familia real de la tribu y era chamán, por lo que pudo salvarme. Nuestro antepasado lejano era el rey que había fundado el reino de Wa y de él habían salido las cuatro ramas familiares — conocidas como cuatro «puertas» — que gobiernan por turnos.

Nosotros pertenecíamos a una de esas puertas.

Como chamán, mi padre no comulgaba con la fe musulmana, sino que, siguiendo la tradición de las tribus africanas, era animista. Creía que los dioses están por todas partes —en la naturaleza, los ríos o las montañas— y que tienen alma. Los walas tenemos nuestro propio documento de identidad: se trata de una hendidura en la mejilla derecha, un pequeño corte, que nos hacen al nacer. Así nos podemos reconocer entre nosotros. Es importante: en una batalla puede servir para que decidan abatirte por ser el enemigo o, por el contrario, protegerte por ser miembro de la tribu.

Pero aquel solo sería el primer milagro de mi vida, la primera vez de las muchas que he estado a punto de morir. Para salvarme mi padre decidió que nos trasladásemos a otra región, a vivir con mi tía, que adoptaría el papel de mi madre. Crecí pensando que mi madre era la mujer que ejerció de mi madre, pero en realidad ella era mi tía, la hermana de mi madre.

Pasé mi infancia en aquel pueblo al que nos

mudamos, Fiaso. Allí, cultivamos los campos. Si queremos comer pollo cogemos alguno del corral. Si queremos otro animal vamos a la selva a cazarlo. Por la noche colocamos trampas y, en cuanto amanece, corremos a mirar qué ha caído. Si no tenemos otra cosa recolectamos mangos, naranjas... lo que ofrece la naturaleza. En el campo no se pasa hambre. En mi pueblo no tenía nada de que preocuparme, tenía la vida solucionada: vivía en una casa grande y era el hijo del chamán. No pensaba mucho en mi futuro, no tenía expectativas. Pero, de algún modo, había aceptado que mi vida sería la habitual en aquel lugar. Viviría trabajando la tierra, cuidando a los animales, me casaría y tendría descendencia.

Las casas están hechas de barro y los tejados, de bambú, de ramas, de materia vegetal... El agua se toma de los ríos. Hay dos: uno lo consideramos femenino y otro, masculino. Uno lo usamos para beber y otro, para lavar. Nunca he probado agua tan dulce, tan cristalina, como la que corre por

aquellas corrientes. En mi pueblo no hay luz eléctrica, así que para iluminar se utiliza queroseno. Hay tan poca luz por las noches que en el cielo se ven millones de estrellas que brillan, como brasas salpicando el firmamento. Las noches de luna llena disfrutábamos de su potente luz y podíamos salir afuera a jugar.

«Si miráis fijamente la luna —nos decían las mujeres mayores—, una bruja vendrá a mataros». Asimismo, también nos advertían de que si señalabas el cementerio con el dedo, podrías morir... a no ser que te tragases una piedra, claro.

Los materiales de las casas son muy precarios, por lo que hay que estar continuamente reparándolas para que no se vengán abajo porque, además, en mi pueblo llueve mucho. Mi padre era muy bueno en estos menesteres, así que siempre lo llamaban para que ayudase aquí y allá en la reparación o construcción de las casas, para que dirigiera las obras... Era otra de las cosas por las que era respetado.

Mi padre era un hombre serio, de cuerpo menudo, pero muy ágil. Con sus hijos era muy seco y severo. No nos hablaba mucho. Solo se dirigía a nosotros para darnos órdenes: «Haz esto, haz lo otro». Más que enseñarnos cosas, aprendíamos imitando lo que él hacía. Era su manera de educar. Yo le tenía muchísimo respeto. Mi madre, que se llamaba Amina, era más habladora y alegre. Además de a las tareas domésticas, también se dedicaba al comercio de productos, como sal y cacahuetes, que traía de la ciudad de Techiman. Siempre nos protegía cuando mi padre nos pegaba. Y es que él se enfadaba mucho, por ejemplo, cuando íbamos a por agua al río y se nos caía al suelo una calabaza llena. «Aunque me mate no se va a arreglar la calabaza rota —pensaba yo—. ¿Por qué se enfadará tanto?». Allí es normal pegar a los niños como castigo.

A mí me volvía loco jugar al fútbol, pero a mi padre no le gustaba nada. En las llanuras que rodeaban el pueblo montábamos un campo con dos

porterías. Había dos equipos, y el mío siempre ganaba. Yo jugaba de delantero y era bastante bueno. El balón lo traía Francis, uno de mis amigos además de Jafaro y Salu. Los padres de Francis le daban algo de dinero, y podía comprar pelotas en Techiman. Cuando se enfadaba con nosotros cogía el balón, decía que era suyo y nos dejaba sin jugar.

A veces, debido al fútbol, llegaba tarde a guardar las cabras y mi padre montaba en cólera. Por eso me hizo muchísima ilusión cuando un día vino a verme jugar. Vestía pantalones cortos, pero se había puesto encima un paño de franjas verdes y amarillas que solo usaba para ocasiones especiales.

Vivía con mi familia extensa —éramos unas veinte personas— en una casa grande con un patio central que servía como lugar de reunión y para realizar las tareas del hogar, como preparar la comida o tender la ropa. Aunque no teníamos mucho acceso a la ropa..., de hecho, íbamos

vestidos con varios pantalones a la vez para que unos taparan los agujeros de los otros.

Se formaban lazos muy fuertes entre padres, abuelos, primos, tíos... Todos convivíamos y nos cuidábamos entre nosotros. La familia es sagrada, y los más importantes son los más viejos, a los que se les tiene el máximo respeto. Los niños, muchas veces, son solo herramientas de trabajo y no reciben tantas atenciones. Los ancianos son los que más han vivido y los más sabios. Como la información no es fácil de conseguir, lo mejor para informarse es consultarles.

Por la noche, alrededor del fuego, los mayores nos contaban sus experiencias y algunos cuentos, donde los animales eran los protagonistas. Así entendíamos la naturaleza y la supervivencia. Una de las historias que más recuerdo es la que llamábamos «la del señor araña». Era el hombre-araña más sabio del pueblo y para asegurar que nadie tuviera más conocimiento que él intentó recoger todo el conocimiento del mundo

en una calabaza. Quería colgarla en un árbol para que nadie más lo tuviese. Cuando iba a colgarla llamó a su hijo Kuakuata para que lo acompañara. Al llegar, el hombre-araña colgó la calabaza en su barriga, pero era tal el peso que no conseguía subir al árbol. Su hijo le aconsejó que se la colgara en la espalda, y el padre enfureció porque se dio cuenta de que no había recogido todo el conocimiento del mundo. Con aquella historia los mayores querían enseñarnos que no se puede recoger todo el conocimiento del mundo.

Dentro de nuestra casa había una habitación especialmente dedicada a los rituales chamánicos de mi padre. Era un espacio muy respetado, donde solo se podía entrar descalzo, una especie de templo. Él era una persona muy conocida y no cobraba por sus servicios.

—Los dioses no tienen precio —solía declarar.

Entre los servicios que ofrecía estaban la adivinación, la sanación, la llamada de la lluvia o

la bendición de terrenos para que fueran más fértiles. Por ejemplo, venía gente con una pregunta. Mi padre bebía un alcohol muy fuerte, dibujaba un círculo de ceniza en el suelo y luego cogía un gallo, que yo le entregaba, y le cortaba el cuello.

—Hoy, padre, abuelos, ancestros, acudimos en vuestra ayuda —decía para comunicarse con aquellos que habían estado antes que nosotros.

Vertía la sangre sobre un altar que tenía allí, lleno de sangre, plumas y restos de otros rituales. Luego dejaba al gallo en el suelo, que correteaba por la sala hasta morir. Si caía boca arriba, la respuesta a la pregunta era «sí». En caso contrario, había que seguir investigando. Sacaba una caja con piedras preciosas y trataba de interpretarlas. La gente se quedaba siempre muy agradecida.

Otra de sus competencias era la curación de picaduras de serpiente con hierbas medicinales y la ayuda de los ancestros, cosa muy importante porque había muchas serpientes en la zona. Su fama era tal que en una ocasión quisieron

llevarse a un hospital, pero él prefirió permanecer en el pueblo.

Con Francis, Salu y Jafaro íbamos a jugar a la selva. Me sentía muy cómodo allí: corríamos, trepábamos por los árboles, comíamos algunas frutas, cazábamos pequeños animales con el tirachinas. Una de nuestras aficiones era cazar pájaros. Había de tres tipos: *red*, *brown* y *pío*, eran sus nombres. Cuando cazabas uno y lo tenías en la jaula solían acercarse otros, que también cazabas. Si tenías muchos pájaros eras el rey de los chavales del pueblo, el más popular. Otra de nuestras aficiones era construir pequeños juguetes, como coches y camiones, algo que a mí se me daba muy bien.

Una vez fui solo a poner trampas a la selva para atrapar pájaros. Había fabricado una jaula con una puerta giratoria donde colocaba la comida. En la jaula ya tenía un pájaro, al que ponía pimienta en el agua para que cantase más y llamase la atención de los otros. Me escondí entre

la vegetación para que los pájaros no tuvieran miedo de acercarse. Después de un rato me di cuenta de que el pájaro que tenía enjaulado cantaba mucho más de lo habitual y fui a averiguar qué ocurría. Al salir de mi escondite vi una serpiente rodeando la jaula, buscando la manera de entrar en ella para atrapar al pájaro. Al verla me asusté tanto que salí corriendo. Mi sorpresa fue al descubrir que la serpiente también corría en sentido contrario. Aquel día aprendí que todos tenemos miedo a lo desconocido.

El día que pasó un avión

Un día un extraño artefacto cruzó el cielo. Me quedé mirándolo, asombrado; nunca había visto nada semejante. Era como un pájaro que volaba muy alto, muy recto, y que dejaba dos colas de humo blanco a su paso.

—¿Qué es eso? —pregunté a los ancianos—. ¿Es magia?

—Es un avión —me respondieron—. Lo construyen y lo pilotan los blancos.

Tampoco me daban demasiadas explicaciones, porque los mayores no estaban para resolver las dudas de los niños: había muchas otras cosas que hacer.

Mi pueblo está en un lugar remoto dentro de Ghana, y Ghana está en un lugar remoto con respecto al País de los Blancos. Me contaron que los blancos, que vivían muy lejos, eran dioses. Veíamos los aviones surcar el cielo africano y nos

decían que estaban tripulados por hombres blancos, que eran todos pilotos, ingenieros, médicos... Yo quería ser eso, yo quería ser blanco. Se decían muchas cosas de los blancos, historias extrañas, aterradoras o maravillosas.

Un retazo de aquel mundo era el que llegaba por medio de las películas que una vez al mes se proyectaban en la plaza del pueblo. Los chavales pensábamos que era magia de los blancos y tratábamos de meternos dentro de ellas por detrás de la pantalla. Sin éxito. Las películas eran de acción. Repetían muchas de Arnold Schwarzenegger, que era muy poderoso y mataba a todo el mundo, y por eso pensábamos que el hombre blanco era un dios, alguien superior. Los japoneses eran los malos, y muy tontos: se ponían en fila y Schwarzenegger emergía de la maleza y los mataba con una potente ráfaga de ametralladora, sin ninguna contemplación.

Otro día nos visitaron unos sacerdotes católicos y proyectaron una película sobre

Jesucristo. Aquel día fue trágico. Había un hombre borracho en el pueblo que dejó un tractor sin el freno de mano puesto y, mientras todos mirábamos absortos la pantalla, el vehículo cayó por un terraplén, entró por la plaza sin control y arrolló a las personas que estaban allí de espectadoras. Hubo muchos gritos. Mató a tres personas.

Yo creía que las películas eran reales, que todo era cierto, así que cuando me enteré de que aquellos hombres eran actores, que no eran los verdaderos personajes, me frustré mucho. ¿Cómo podía ser que fingieran todo aquello? ¡Eran unos impostores! ¿Cómo iba a confiar en gente que fingía llorar o estar alegre?

Ver aquellas películas de blancos generaba muchas veces en nosotros la falsa necesidad de muchas cosas que no podíamos adquirir, pero que tampoco nos hacían falta. Si no sabes que existen aquellas cosas no sientes el deseo de tenerlas. Pero, al mismo tiempo, tampoco se puede pretender ocultar a los africanos lo que hay en el

mundo. No es justo y, además, es imposible.

A pesar de que mi vida iba a transcurrir como la de tantos habitantes de mi pueblo, trabajando al sol y viviendo en una casa de tierra, tuve una premonición que no comprendí hasta mucho después. Los sueños son muy importantes en la tradición africana. Yo soñé que caminaba sobre una carretera que cruzaba la selva profunda y que, al final, se perdía en una montaña muy alta, muy alta, que había lejos, en el horizonte. En el sueño mi padre había muerto: era un sueño triste. Detrás de aquella montaña misteriosa, porque en la zona en la que me crie no hay montañas, lucía un poderoso sol. Sus intensos rayos rojos me iluminaban. Era como si algo me estuviera llamando.

El aprendiz de chapista

—Este Ousman es un manitas, debería ir a la ciudad para aprender un oficio manual —decía la gente del pueblo a mi padre, porque yo era muy hábil fabricando coches de juguete.

—Algún día irá —respondía mi padre—, irá a labrarse un futuro.

Mi padre era, como ya he comentado, un hombre autoritario, que más que pedir las cosas daba órdenes. Así que llegó el día en que, más que sugerirme, me ordenó que me fuera a la ciudad más cercana, Techiman. Allí aprendería el oficio de chapista en el taller de un primo de mi madre. La idea me pareció estupenda porque yo tenía mucha curiosidad por el mundo. Solo tenía nueve años.

Partí hacia la ciudad con una bolsa de plástico negro, como las que se usan para la basura, dentro de la cual llevaba todo lo que tenía: cuatro

camisetas y poca cosa más. Tomé un *trotro* (un minibús que solo circula cuando está lleno de viajeros) hasta el taller de mi tío, a dieciocho kilómetros. Era tan pequeño y tan vergonzoso que cuando llegué a la puerta no me atrevía a entrar. Aunque no echaba de menos a mi familia ni pensaba demasiado en ellos, estaba acostumbrado a estar solo con mis hermanos y a cuidarlos cuando mi madre se iba a trabajar al campo.

Techiman me parecía la ciudad más bella del planeta, era como ir a Nueva York. Tenía de todo: casas, tiendas, mercados... Había mucha gente y muy bien vestida, ¡estaba hasta asfaltada! En mi pueblo cuando llovía, y llovía mucho, se llenaba todo de barro, era difícil caminar y todo se manchaba. Se me quedó grabado el olor de la zona donde estaban los talleres, era muy particular, como a metal quemado. No era un olor agradable, pero tenía algo especial. Cuando algunos fines de semana me dejaban volver al pueblo, lo hacía dándome aires, como un chico de la ciudad que ya

había visto el mundo.

—¿Y en los aviones se puede hacer el siete?
—me preguntó un amigo en una de las ocasiones en las que regresé.

En Ghana se llama «hacer el siete» a colocar el brazo apoyado en la ventana del coche mientras conduces, cuando por fin tienes coche. Es una metáfora de que te van bien las cosas: tener un coche era como cumplir el sueño americano. Ese es el lujo. Cuando volvía a mi pueblo siempre me hacían preguntas de ese tipo, ya que yo había visto el mundo, pero también me contaban las habladurías que circulaban por allí.

—Los blancos son tan estrictos que si una mujer blanca se empareja contigo y la engañas, te mata, porque todos los blancos tienen pistola —aseveraban.

Los talleres en Ghana tienen un funcionamiento particular: el primer niño que llega como aprendiz

es como el primogénito, como el delegado de la clase. Luego los otros van colocándose en orden de importancia. Cuando eres el último te conviertes en el que tiene que comerse todos los marrones: el *last boy*. Te toca llegar el primero por la mañana, barrerlo todo, limpiar y colocar las herramientas. Te envían a todas horas a hacer recados, eres el chico para todo. Al final de la jornada eres el último en ducharte y salir. Yo comía la comida que le sobraba al jefe, así que pasé algo de hambre. Todo es así hasta que llega un chico nuevo y tú subes un peldaño en el escalafón. Aunque yo nunca llegué a subir porque me fui antes.

El primo de mi madre comerciaba con parabrisas, así que me enviaba a la carretera para que los vendiera. Yo, sin embargo, lo que quería era profundizar en mis habilidades y aprender chapistería. Esa y no otra era la razón por la que me había ido del pueblo. Era bastante hábil, aprendía rápido... y estar en el arcén de la

carretera estaba frenando mi formación.

Así que, nueve meses después de mi llegada, me escapé del taller y volví a casa con mi familia. Un chico de mi pueblo me había contado que en la segunda capital del país, Kumasi, había trabajo y daban buenas propinas. Cuando, pocos días después, pasó uno de los habituales camiones que viajaban hasta esa ciudad cargados de yuca y ñame, pedí que me llevaran. El chico de mi pueblo estaba en Kumasi aprendiendo mecánica y me ayudó a encontrar trabajo en un taller.

Allí la gente acostumbraba a vivir en los talleres, en los mercadillos..., donde podía. Tener una habitación en alquiler ya era señal de cierto poder económico. Yo dormía en el taller donde trabajaba, pero me hice amigo de un chico cuya madre era comerciante y se pasaba mucho tiempo fuera, en otros países. Así que a veces podía acceder a una habitación en el barrio de Tafo, donde hay muchos *trotros* (los minibuses).

Los chicos muy pobres, los chicos de la calle

que no tienen nada que hacer, comienzan a acompañar a los conductores de *trotro*. Su labor es llamar a los clientes cuando el *trotro* pasa por un lugar, gritando cuál es el destino final del vehículo. De este modo atraen a la gente, a la que le cobran el billete. Con el tiempo van aprendiendo el oficio, hasta tener su propio *trotro*. Así, la mayoría de los conductores de *trotro* han salido de las familias más pobres, de vivir en la calle. Son chicos muy espabilados.

Baba, un amigo mío del pueblo, era uno de estos chicos. Me lo encontré en el barrio de Tafo. Me interesó mucho aquello, porque si tienes ese trabajo al menos ya no pasas hambre, puedes comer todos los días.

—Vaya, Baba —le comenté—, tú ya tienes la vida resuelta.

—Pues puedes venir a ayudarme algunas tardes —me contestó.

Algunos días, cuando salía de trabajar a las tantas, porque allí no hay horarios fijos y se

trabaja mientras haya algo que hacer, iba a esperarlo a la carretera. Cuando Baba aparecía hacíamos los dos o tres viajes que faltaban para acabar la jornada. Lo ayudaba con las tareas del *trotro* y después, casi a medianoche, al terminar, lo limpiábamos y me invitaban a cenar. Comía todo lo que podía porque sabía que podían pasar días hasta que lo hiciera de nuevo.

Fue por medio de Baba como conocí a Musa, que era de Kumasi. Limpiábamos el *trotro* juntos y cenábamos. Los fines de semana dábamos una vuelta, porque ellos conocían muy bien el barrio, y tratábamos de hablar con las chicas. Tonteábamos, conocíamos a una, a otra, a la amiga de la amiga. Si una chica te gusta tienes que rondar su casa, hacerte el enconradizo, buscar una excusa para hablar. Muchas veces tiene que ir tu amigo a decirle que quieres hablar con ella..., es todo un teatro. Allí ser novio de una chica significa simplemente tener una chica con la que mantienes una amistad más especial que con el resto, con la

que pasas más tiempo, sin ir más allá. No obstante, muchas de estas amistades especiales acaban en boda.

Musa era un poco mayor que yo y más corpulento. Tenía un carácter particular: al principio, si no lo conocías, podías pensar que era muy serio, muy cerrado. Pero luego descubrías que era una persona dulce y tranquila. No tenía malicia, era muy sereno, no le gustaba el conflicto. Nunca discutí con él, era difícil hacerlo. Musa había sido conductor de taxi. Su familia, bastante pobre, vivía toda en una misma habitación alquilada. Hablando con él por primera vez fantaseamos con la posibilidad de irnos a Libia a buscarnos la vida.

Me hablaba mucho de la chica de la que estaba enamorado. Su padre era el propietario de un pozo y siempre íbamos a buscar agua con la excusa de verla, aunque solo fuera un instante.

—Volveré a Ghana a por ella cuando mi viaje acabe —me aseguraba, aunque el viaje ni había

empezado.

Durante mi estancia en Kumasi regresé al pueblo y fue la primera vez que mi padre me habló como a un adulto. Mientras estábamos trabajando la tierra, me preguntó acerca de mi situación. Quería saber cómo me iba en Kumasi, qué tal iba el trabajo. También me habló de sus asuntos personales: se había separado de mi madre, que se había ido con dos de mis hermanos a su pueblo, al norte. Era extraño porque en Ghana, en casos de separación, los niños siempre se quedan con el padre, como si fueran de su propiedad. Me resultó sorprendente que se dirigiera a mí de aquella manera: ya me consideraba un adulto.

Pronto se acabó el trabajo en la ciudad, coincidiendo con la época de sequía, unos meses en los que la demanda de mano de obra disminuye considerablemente. Si no había trabajo, no había propinas; si no había propinas, no había comida. Lo estaba pasando bastante mal.

Aunque me había hecho muy amigo de mi jefe,

que me daba muy buenas propinas porque veía que me dejaba la piel, tuve que irme a la capital, Accra, en concreto al puerto de Tema, el más importante del país, donde otro amigo me había dicho que había mucho trabajo. En efecto, el dinero allí fluía: se necesitaban muchos camiones para distribuir el material que llegaba. Por cualquier avería te pagaban el triple.

Este amigo me ofreció irme con él, decía que iba a abrir un taller. Pero me daba pena dejar a mi jefe, que me trataba tan bien y me había perdonado deudas. Así que se fue solo. Volvió a la semana siguiente contando maravillas, asegurando que las cosas estaban muy bien en Tema, que sobraba el trabajo. Me lo pintó de color de rosa y me convenció. Así que me fui una semana a ganar algo. Mentí a mi jefe, le dije que me iba al pueblo, en busca de algo de comida y dinero. Pero me fui a Tema. Lo que no calculé es que muchos de los camioneros que pasan por Kumasi pasan también por Tema. En el puerto, recogen la carga, cemento

o sal, que llevan a los países interiores. Así que me vieron allí y se lo dijeron a mi jefe.

—Hemos visto a tu chico, ¿cómo se llama? ¿Ousman? Está trabajando en Tema.

El jefe me mandó a un emisario que me dijo que regresase, que no le parecía mal, que podía volver a trabajar, que no pasaba nada. Pero yo me sentía muy avergonzado y nunca regresé al taller de Kumasi.

El mundo es más grande que mi pueblo

Cuando vivía en mi pueblo, pensaba que el mundo era mi pueblo. Cuando viajé a Techiman me di cuenta de que el mundo no era solo mi pueblo, sino que era un poquito más grande. Luego, al llegar a Kumasi, el mundo se expandió una pizca más. El mundo iba creciendo conmigo. Mi último salto dentro de Ghana me llevó al puerto de Tema. Fue en este lugar donde acabó de tomar forma la idea de viajar fuera de África, de viajar al País de los Blancos.

Accra no me gustó demasiado. Había mucho tráfico, mucho ajetreo. Pero me impresionó. En Tema vi el mar por primera vez... tan azul, tan inmenso, no se sabía dónde acababa. Me daba muchísimo miedo, pero siempre imaginaba que allí detrás, al otro lado de las olas, estaba el Paraíso. Yo no tenía idea de cómo era el mundo, ni sabía

qué mar era ese, no sabía leer ni interpretar un mapa.

En el puerto mi curiosidad por el País de los Blancos se incrementó mucho más: al puerto iban llegando barcos procedentes de aquel país misterioso llenos de mercancías maravillosas. Coches fantásticos (que en realidad eran de segunda mano, pero para nosotros parecían nuevos), televisores, desechos informáticos... Las mil y una cosas que se producían fuera de Ghana, se utilizaban y, cuando ya no servían, se vendían en mi país.

—Los blancos cada año tiran todas las cosas que tienen y compran otras nuevas —me dijo un amigo—; así son de ricos, así de lujosa es su vida. Esto que llega al puerto es todo lo que ellos no quieren.

—¿No quieren estos tesoros? —repliqué yo, mirando cómo descargaban los barcos.

Allí tuve la suerte de ver la televisión por primera vez, pues hasta entonces solo había visto

pantallas con proyector. Por fin entendí que era una máquina y no un objeto mágico. Los televisores se cargaban en camiones enormes para su distribución, pero una noche alguien consiguió poner uno en funcionamiento. Nos juntamos todos a verlo. Retransmitían un partido de fútbol donde jugaba el Barça. No sabía lo que era Barcelona.

Yo era un niño de doce años que vivía en tierra de nadie, entre el puerto de mercancías, la fábrica de cemento y el puerto de los pescadores. Era un lugar lleno de escombros y desperdicios, un vertedero donde había muchísimos mosquitos. A pesar de ellos nunca cogí la malaria: tampoco sabía lo que era. En mi pueblo la gente iba más al curandero que al médico. Sin ir más lejos, yo creo que mi madre murió de cáncer, pero ella pensaba que era mal de ojo, brujería. Estuvo dos meses en el hospital, pero lo abandonó por esa razón, porque no entraba en su cabeza que estuviera enferma y no embrujada. Son creencias muy arraigadas.

En mi vida todo era muy austero. Yo trabajaba en la reparación de grandes camiones. Como no teníamos dónde vivir, dormíamos en los propios camiones que reparábamos. Hoy en uno, al día siguiente en otro. Pero, en contraste, aquellos barcos venían del otro lado del mar llenos de abundancia. Había muchos ladrones en el puerto, que abrían los contenedores y se llevaban lo que podían. Después los trataban de vender a precios bajos, siempre había gente que te ofrecía tocadiscos, reproductores de DVD, bicicletas... Cuando llegaba uno de aquellos coches nos matábamos por tocarlo: queríamos tocar y oler aquel polvillo blanco que venía del Paraíso: nos encantaba el olor del Paraíso.

En Tema, además, obtuve el que consideraba mi título de soldador: las cicatrices por una explosión de acetileno que me dejó sin ver por un ojo durante varios días. Esa es una del puñado de veces que he estado a punto de morir pero que, por alguna extraña razón, me he salvado. Las

condiciones de trabajo en Ghana son muy malas, es decir, no existe ninguna legislación ni ninguna preocupación por ellas. Es lo más precario que uno puede imaginarse. Nosotros éramos chapistas, cortábamos metales, pero trabajamos sin protección, descalzos, nos enfrentamos al peligro cada día. Y a cualquier edad: no hay ningún límite, el trabajo infantil está permitido e integrado por completo en la sociedad. No es estrictamente explotación: muchas veces las familias necesitan del trabajo de los hijos para la supervivencia.

En Tema estuve menos de un año. Pronto empecé a informarme sobre cómo cruzar aquel mar y llegar al ansiado Paraíso, donde no tendría que trabajar al aire libre. No obstante, más que hacerme a la mar, me recomendaron que fuera a Libia, donde podría encontrar un trabajo y tener un sueldo a final de mes.

—Con tus conocimientos y tu capacidad encontrarás un buen trabajo, seguro —me garantizaron unos camioneros que habían estado

allí—. Te pagarán un sueldo decente.

Hasta entonces yo nunca había cobrado un salario fijo por trabajar, solo propinas o arroz para comer. Se me iluminó la cara. Fue cuando decidí marcharme. Antes, sin embargo, fui a mi pueblo a despedirme de mi padre.

—He encontrado una buena chica, de buena familia, para que te cases —me anunció—; pronto tendrás que ir a pedirle la mano. Aquí tendrás un futuro, formando una familia.

Parecía que no podía decir que no. Pero yo ya tenía otros planes. Ya tenía un documento que se llama Yellow Card y que certifica que no tienes la fiebre amarilla, un papel imprescindible para viajar.

Había hablado con un camionero que conocía y que transportaba sal a Níger, de arreglarle el camión en el puerto. Éramos amigos, y cuando en África entablas amistad con una persona mayor que tú, esta persona suele cuidarte. Por ejemplo, siempre me pagaba la comida cuando comíamos

juntos. Aquel amigo camionero me decía que me podía llevar a Niamey, la capital de Níger, desde donde podría continuar mi viaje hasta Libia, cogiendo autobuses. Esa es la información que circula en el puerto, se cuentan historias, leyendas... La información corría de boca en boca.

—Todavía es pronto —le dije a mi padre—, ya veremos. Tal vez me vaya del país. Aunque aún no sé cuándo.

Comienza mi viaje

Iba viendo pasar los árboles. Intentaba fijarme en uno, que pasaba a toda velocidad. Luego en otro. Me costaba seguirlos con la mirada, se desvanecían en un suspiro. Imaginaba que era el camión el que estaba quieto y que era el mundo, con sus árboles, el que se movía con rapidez en dirección contraria. Me dedicaba también a mirar primero los árboles cercanos, que corrían endiablados. Después los más lejanos, que pasaban muy lentamente cerca del horizonte, tardaban en desaparecer. Eran juegos mentales que ponía en práctica para combatir el aburrimiento de un viaje tan largo. No me aburría. Además de estos juegos había en mi cabeza una idea fija: la de llegar a Libia, conseguir un buen trabajo y viajar al País de los Blancos.

Poco antes había llegado el día de partir. El camión de sal era enorme, y el camionero viajaba

con dos de sus ayudantes, que realizaban labores de mantenimiento, como cambiar las ruedas o arreglar el motor si hacía falta. En Ghana si sufres una avería tienes que apañarte como puedas y donde sea, allí donde el vehículo te deje tirado. Los ayudantes pagan dinero al camionero durante su período de aprendizaje con la esperanza de, con el tiempo, conocer el oficio y tener su propio camión. En estos viajes largos de transporte de mercancías, la gente vive dentro del camión. Detrás de los asientos de la cabina hay un espacio donde se colocan colchones, ahí duerme el conductor. Los demás, los ayudantes y yo, poníamos unas esterillas debajo del camión, en el suelo. Dormíamos ahí.

La salida fue desde Kumasi, la segunda capital, donde había quedado con el camionero. Viajamos durante semanas porque el camión, debido a su peso y su carga, no iba demasiado rápido. Cuando era necesario yo me escondía en un espacio al final del vehículo, detrás de las

toneladas de sal, para no ser interceptado. En ocasiones, para cruzar fronteras sin documentación, tuve que dejar el camión y caminar durante toda la noche hasta ser recogido al otro lado.

Hubo algunos contratiempos, como cuando llegamos a la ciudad de Bolgatanga, la capital de la región oriental de Ghana, donde viven los frafras. Son la tribu que suele ocuparse de las labores peor remuneradas en el país. Allí el camión sufrió una avería grave y tuvimos que esperar durante dos días enteros a que los mecánicos de Kumasi viniesen a repararlo antes de poder continuar. Como no sabía cómo iba a resolverse aquel incidente ni cuánto iban a tardar en llegar los mecánicos, y pasaban las horas, me entró algo de miedo a que salieran mal las cosas. Ese tipo de reveses me provocaban algo de inquietud, no soportaba la incertidumbre. Pero al final todo salió bien. Continuamos el viaje que nos llevó de la selvática Ghana a los territorios

desérticos de Níger, pasando por otros países como Burkina Faso o Chad. Allí vi mucha miseria: cuando parábamos a comprar algo de arroz aparecían grupos de niños desesperados que intentaban robártelo.

Uno de los mayores escollos era lo que sucedía dentro de mi cabeza: buscar en qué ocupar la mente durante un viaje tan largo y monótono. En el camión me dedicaba simplemente a mirar el paisaje adormecido y a jugar a aquellos juegos mentales con los árboles. En ese tipo de ensoñaciones me perdía durante horas y horas. No había muchas otras alternativas para entretenerse. Los árboles cada vez eran menos por las variaciones del clima que se producían a nuestro paso. Era un proceso lento pero constante. Cada vez iban quedando menos, cada vez menos, más pequeños, más distantes, hasta que iba apareciendo el desierto en toda su crudeza. Arena, arena, arena. Yo no tenía ni idea de que el desierto era así: como pasar de lo vivo a lo muerto.

Esta primera parte del viaje, pese a todo, no fue demasiado dura. El concepto de tiempo dentro de la cabeza de una persona analfabeta es completamente diferente al de una persona culta. Si me preguntabas qué iba a pasar al cabo de cinco años no sabía preverlo. No me importaba el largo plazo. Estaba acostumbrado a preocuparme por comer ese día y saber si habría algo de comer al siguiente. En Ghana los autobuses parten solo cuando están llenos, no hay prisa, la gente espera con paciencia hasta que se ocupen todos los asientos. No pueden hacerse muchos planes. Y así, después de un tiempo que no sé cuantificar con exactitud, finalmente llegamos a Niamey.

Primera parada

El viaje terminaba en una enorme parada de camioneros. Había mucha gente en tránsito, charlando, tomando el aire apoyada en los camiones. Gente de muchos lugares. Cuando llegué allí entablé conversación con otras personas que estaban en el camino, otros ayudantes de camioneros, otros viajeros... Utilizaba el dialecto hausa, que se habla en buena parte del África occidental. Es una lengua franca muy útil para el comercio. Se parece bastante al árabe pero no es exactamente igual.

—Tienes que llegar a Agadez —me aconsejaron algunos de los que conocí en aquella parada.

¿Cómo llegar hasta Agadez? Cada persona te hacía su propia recomendación, pero lo que saqué en claro es que tenía que dirigirme a la estación de minibuses y, de ahí, partir hacia aquella ciudad. En

ese momento empecé a conocer a gente que también quería viajar a Libia. Me integré en un grupo de seis personas con el que me dirigí a la estación, donde esperamos durante casi un día, compartiendo historias y experiencias. Hay que tener cuidado con las personas con las que tratas. No hay que fiarse demasiado de los demás, porque pueden intentar robarte el dinero, que hay que llevar bien escondido. Sobre todo mientras duermes.

Subimos al minibús, y cuando por fin estábamos llegando a Agadez dimos con un control de carreteras militar que detuvo el convoy. Nos pusieron en fila y nos empezaron a pedir dinero, tratando de extorsionarnos. Cogían arena del suelo y nos la mostraban.

—¿Esta arena es arena de tu país? —le preguntaron a uno.

—No.

—Pues tienes que pagar para pisarla.

Al más fuerte del grupo le pegaron para

amedrentar al resto. Y lo consiguieron. Pagamos lo que nos pidieron. Entretanto, el conductor, aburrido, decidió dejarnos allí para no retrasarse. El último tramo hasta la ciudad lo tuvimos que hacer a pie. En Agadez comenzaría mi camino del infierno.

2

Ciudad de los *sinkers*

En la ciudad de Agadez, en mitad del desierto de Níger, es donde comienza lo que los migrantes llaman el «camino del infierno». Es un duro obstáculo en el trayecto hacia Europa, la travesía a través del desierto de la que se ocupan los traficantes y que muchas veces finaliza en la muerte más anónima. La frontera entre Níger y Libia, conocida como la «mordedura de la serpiente», es muy solitaria. Tal vez la más solitaria del mundo. Recorre el silencioso desierto sin ni siquiera una carretera que la cruce. Ahí me dirigía.

Agadez es un lugar hostil, muy árido, con edificios bajos y marrones entre los que discurren pequeñas callejuelas agobiantes, laberínticas, en las que a veces se montan mercadillos. No se parece en nada a mi hogar en la selva de Ghana, lleno de vegetación y vida: es un sitio muerto. Sin embargo, los seres humanos consiguen vivir en los lugares más inesperados, en las condiciones más adversas.

En la ciudad se reúnen migrantes procedentes de varios países más al sur, como en un cuello de botella. Hay ajetreo, gente que viene y que va, que levanta el polvo de las calles. Es, desde antiguo, una ciudad importante para los tuareg porque es un nodo del tráfico de caravanas por el Sáhara, un eje comercial.

Al llegar fui a la plaza principal, porque me lo habían recomendado, y vi los camiones enormes, de los años sesenta, que estaban cargando. Iban llenos de gente y bultos hasta reventar. Daba la impresión de que el camión no podía aguantar más peso. Las personas, las maletas y las garrafas de agua y combustible iban prácticamente colgando, de la manera más incómoda y precaria imaginable. Si se daba la circunstancia de que el camión se averiaba en mitad del desierto —se comentaba en los corrillos— y no había manera de repararlo, se acabó la historia. Era muy difícil la salvación. El viaje en esas condiciones inhumanas podía durar hasta dos semanas.

—Se han encontrado camiones en el desierto rodeados de ochenta cadáveres —oí entre rumores, mientras observaba cómo se cargaban los convoyes.

En Agadez viven muchos *sinkers*, que son aquellos que se quedan allí atrapados para siempre. Es fácil reconocerlos. Yo los veía por las calles, muy pobres, como fantasmas. Su dinero se agotó y no pueden continuar el viaje ni regresar a su hogar. No hay salida para ellos. Trabajan para las mafias tratando de conseguir clientes. Se acercan e intentan convencerte de que viajes con ellos, que subas a su camión. Pero me avisaron de que, antes de tomar una decisión, me diera una vuelta por la ciudad y lo pensase bien. Que buscara la mejor opción. Hay gente que no es de fiar.

Un hombre musulmán, árabe, alto, con túnica y barba, se acercó a mí hablando en nombre de Dios. Me ofreció hacer el viaje de otra manera.

—En nuestro Land Rover irás mucho más

cómodo. Y solo tardarás tres días.

El precio era el doble del que costaba el viaje en camión. Pero como aún tenía algo de dinero, y no sabía leer mapas, ni calcular distancias, después de todo el día dando vueltas, decidí tomar esa opción. Si era un hombre de Dios no podía engañarme. Todo el rato tenía a Dios en la boca. Pensaba que ese viaje sería mucho más fácil, como un sencillo viaje en taxi.

—De acuerdo —acepté—, cruzaré el desierto con vosotros.

Otros hombres, con la misma apariencia que el anterior, me cobraron el viaje, me llevaron a una casa a las afueras y me encerraron allí junto con otros viajeros. De pronto estábamos encarcelados, no teníamos permiso para salir. Ellos nos iban dando agua y pan. Aquello estaba lleno de moscas que se posaban sobre mi cuerpo constantemente. Al principio trataba de espantarlas, pero al final acabé por acostumbrarme a que se posaran en mi cara o en mis brazos. Ya daba igual. Así estuvimos

una semana, sin saber qué iba a pasar, hasta que reunieron a más de cuarenta personas. ¿Cómo iban a caber cuarenta personas en los Land Rover?, me preguntaba.

A veces la puerta se abría para que entraran nuevos viajeros. En una de esas ocasiones, al mirar hacia la puerta y ver a varias personas a contraluz, me pareció vislumbrar una cara conocida. Me levanté de un salto. Era Musa, mi gran amigo Musa.

—Pero, Musa, ¿qué haces tú aquí?!

—Amigo Ousman, ¡qué alegría! Yo también me voy a Europa. Ahora viajaremos juntos.

Hicimos nuestro saludo particular y empezamos a contarnos nuestras historias, cómo habíamos llegado hasta allí. Estaba contento de no estar solo porque en esos viajes la soledad es muy grande. Eres uno en todo el planeta, lejos de tu familia y amigos, sin capacidad para comunicarte. Es importante tener a alguien en el viaje en quién confiar. Alguien con el que compartir los pesares.

Alguien en cuyas manos podrá estar tu vida en algún momento del futuro.

Un viernes por la tarde, justo después de rezar, nos dijeron que partíamos. Nos empaquetaron a todos como sardinas en lata en tres coches, en grupos de diecisiete o dieciocho viajeros, hasta sumar cuarenta y seis. Cada uno de nosotros había comprado una garrafa de cinco litros de agua, bien forrada para que no se calentase, y también algo de pan y algunas galletas. En esas condiciones salimos a surcar las arenas del desierto.

El desierto

Los coches iban bastante rápido para escapar de los controles porque nuestra expedición era ilegal; no teníamos papeles, éramos inmigrantes ilegales incluso dentro de África. Además, se salía los viernes a mediodía, que es el momento del rezo, porque había más posibilidades de que los controles estuvieran vacíos. En cinco o seis horas llegamos a un lugar en medio del desierto. Ahí la expedición se detuvo. Nos dijeron que esperásemos, que iban a buscar gasolina y agua. Regresarían a por nosotros para completar el viaje. Nos pareció un poco extraño, pero allí nos quedamos. Esperando, esperando, esperando... Hasta que pasó un día entero. Nadie volvía a por nosotros. Qué raro.

Al amanecer un chico del grupo se levantó.

—Yo conozco el camino a Libia —afirmó—. Es hacia allí. Me voy caminando. Quien quiera

seguirme, que me siga.

¿Por qué conocía el camino? Era el único en todo el grupo que tenía rasgos del norte de África, el resto éramos del África tropical, la parte selvática. Era negro como nosotros, pero había diferencias: era más mulato, más delgado, más esbelto. Nos miramos entre todos y nos dimos cuenta de ese hecho. Parecía de fiar. Uno se levantó y empezó a seguirlo. Luego otro, y otro, y otro. Musa y yo nos unimos a la expedición. De pronto, habíamos formado una procesión de personas minúsculas que cruzaba aquellas inmensidades áridas. El negocio de los traficantes de los Land Rover, según comprobábamos, consistía en recolectar a la gente con promesas y cobrarles la tarifa. Después, dejarlos a su suerte en mitad de la nada. Un negocio cruel, un asesinato a gran escala.

Al verme abandonado en el desierto, sin saber dónde estaba, con solo una garrafa de agua, me concentré exclusivamente en visualizar el final del

camino. Intentaba no perder la esperanza. Recordaba un lema de mi país que dice: «Siempre hacia delante, nunca hacia atrás». Trataba de refugiarme en esa frase. Ir hacia delante sin caer en los malos pensamientos.

Cuando el hombre que lideraba la expedición se percató de que todos le seguíamos se dio la vuelta.

—Un momento —dijo—, si queréis que os guíe hasta Libia no os va a salir gratis.

Todo en el mundo funciona por dinero, hasta en aquellas circunstancias tan desesperadas. Por encima de cualquier humanidad. Aquel hombre se aprovechaba de sus conocimientos sobre el desierto para vaciar nuestros bolsillos de las pocas monedas que nos quedaban. Cada dos días nos pedía más dinero.

Un enorme cementerio

El primer grupo de cadáveres que vimos nos causó una profunda impresión. Estaban ahí tirados, en medio de la nada, bajo el cielo infinito. De lejos, eran solo unas manchas inmóviles en la arena. De cerca, un grupo de unas nueve personas, cuerpos rígidos y secos. Cogimos sus cosas, sus pasaportes y lo enterramos.

¿Quiénes serían esas personas? ¿Quiénes las amaban? ¿Quiénes estarían esperando noticias de ellas? ¿Dónde? Ahora solo eran unos cuerpos sin nombre tirados en el desierto, donde ya iban a permanecer para siempre. Yo, optimista, pensé que teníamos suerte de no haber acabado así. Nosotros íbamos a conseguir llegar a nuestro destino. Yo debía de tener unos trece años, era pequeño todavía, simplemente hacía lo que me decían los mayores. Sin embargo, se tenía la sensación generalizada de que éramos héroes, de

que íbamos a salir airoso de aquella situación. No sé si por mi juventud, pero sentía una extraña confianza en nuestras posibilidades. Durante los primeros días no tenía demasiado miedo. El miedo llegaría más tarde.

La prioridad, en cuanto se acabaron las garrafas, era conseguir más agua, la imprescindible para poder sobrevivir. Pero íbamos comprobando que todo estaba seco, valle tras valle.

—Mañana encontraremos agua, ya verás —nos decíamos Musa y yo.

En una ocasión hallamos un pozo frecuentado por cabras: aunque el agua estaba contaminada con sus excrementos, bebimos igual. Con las cosas que llegamos a comer y beber no sé cómo nunca caímos enfermos.

Por fortuna a veces podíamos coger arena húmeda en algunos lugares, estrujarla en nuestra mano y esperar que de allí saliera una única gota que humedeciera nuestros labios. No siempre

acababa de caer, era desesperante. Bebíamos así, gota a gota, y cada una de aquellas gotas era de máxima importancia para nuestra supervivencia. Gracias a ellas podíamos seguir en el camino, continuar con vida, al menos unas horas más. También podíamos alimentarnos con *garri*, una comida típica ghanesa, una pasta seca que se moja con un poco de agua. Teníamos también algo de leche en polvo, algunas galletas y pan duro. Reuníamos todos los alimentos que teníamos e íbamos compartiendo, tratando de que todo el mundo estuviera alimentado. Si es que a eso se le puede llamar estar alimentado.

Caminábamos todo el día hasta que no podíamos más, luego buscábamos algún rincón donde pasar la noche y, al amanecer, retomábamos el camino. De nuevo a caminar el día entero. Muy pocas veces charlábamos durante la caminata. Cada uno iba ensimismado, sumido en sus propios pensamientos. En silencio, como los militares en la primera línea del frente que se centran en sus

objetivos. La temperatura entre el día y la noche en el desierto podía variar de manera brutal: entre los insoportables cincuenta grados diurnos, con los que prácticamente nos derretíamos, y los diez grados nocturnos, que nos hacían pasar frío. Para dormir protegidos de las bajas temperaturas nos enterrábamos en la arena.

Caminar, eso era lo único que hacíamos. Así llegamos a una montaña del macizo de Hoggar y tuvimos que subirla. La travesía fue terrible. Allí también encontramos algunos cadáveres. Yo me iba dando cuenta de que aquel desierto era algo así como un cementerio que iba acogiendo los cuerpos de los migrantes que trataban de llegar a una vida mejor. El monte era pura roca y piedra, parecía que si se descolocaba una sola iban a caer todas las demás como en un alud y aplastarnos. Era muy difícil de subir, más que andar había que treparlo punto por punto, roca a roca, buscando una senda por allí o por allá, retrocediendo, avanzando, con el cuerpo siempre en tensión. Era una montaña que

parecía no tener fin; subíamos y subíamos y la montaña seguía allí delante, indiferente a nuestros esfuerzos, como si nada. Ahí, en esa ascensión, fue donde comenzaron a rondarme pensamientos más sombríos. Donde empecé a pensar que tal vez no conseguiríamos escapar del desierto. Según iban pasando las etapas del viaje íbamos perdiendo la esperanza.

Descubriendo al infiltrado

Cuando conseguimos superar la montaña y encontramos agua, gracias al guía, recuperamos algo de ánimo. Entonces comenzó el terreno plano, y caminar en plano ya era un verdadero descanso. Llegamos a un lugar precioso, en el que había una especie de muros muy altos de piedra, como si hubiese sido construido por mano humana, aunque era una estructura natural creada por el viento. El desierto no era un lugar homogéneo: a veces eran dunas de pura arena, otras llanuras pedregosas y otras colinas o montañas.

Visto desde lejos, el desierto puede parecer un lugar monótono, pero en cuanto te introduces en él y lo exploras resulta ser un lugar bastante variado. Íbamos entre las fronteras de Argelia, Níger y Mali, caminando y caminando. Encontramos el agua en una hendidura de roca muy profunda. Bajabas por allí y al fondo había unas piedras

planas. Alrededor de aquellas piedras había agua, mucha agua, agua fría. Pudimos, al fin, lavarnos y beber. Dormimos allí, nos relajamos.

Al día siguiente hacía bastante frío por la mañana y fui a refugiarme en un recoveco y me quedé dormido. El resto de la expedición se despertó, comenzó a prepararse para partir y estaba dispuesta a iniciar de nuevo el viaje, pero sin mí. La casualidad quiso que un hombre viniera a orinar cerca de donde yo me escondía. Su orina chocó con la piedra, me salpicó y me despertó.

—Pero ¿qué haces ahí solo? —me preguntó—, ¿por qué te has separado del grupo? ¡Venga, que nos vamos!

Si no hubiera sido por aquella coincidencia me habría quedado descolgado, perdido, y a saber qué habría sido de mí. Todo el mundo estaba ya en fila, preparados para marchar.

Aquellos días fueron terribles. Ya no teníamos

ningún tipo de alimento ni de agua. Debíamos beber nuestra propia orina. Llegados a aquel punto, ya no nos importaba hacerlo. Había un hombre que tenía los pies muy hinchados, sus zapatos se habían roto, tenía que repararlos con cuerdas para continuar caminando. La arena arde por el día y uno no puede ir descalzo. Es muy difícil sobrevivir en esas condiciones, pero el cuerpo humano se adapta de manera asombrosa a las dificultades que encuentra en el camino. Este hombre, el de los pies hinchados, fue el primero del grupo que decidió dejarse morir. Fue el que se quedó sentado en la arena, solo, esperando a que todo acabase mientras nosotros nos alejábamos. Ya no podía más, y se entregó: tales eran su cansancio y su desesperación que eligió una muerte segura, lenta y agonizante.

Allí se quedó, sentado, y fuimos viendo cómo su figura se iba fundiendo con el desierto a nuestras espaldas, como si el Sáhara se lo tragase, como si este fuese un monstruo enorme cuya panza

está llena de personas difuntas. No quise imaginar cómo debió de pasarlo hasta que al final murió.

Cuando un miembro del grupo muere, o se deja morir abandonado, las cosas cambian. El ánimo decae. Musa y yo tratábamos de darnos ánimo mutuamente.

—Es bueno que estemos vivos —decía Musa.

—Sí, estamos destinados a escapar de aquí —le respondía yo.

—Cuando escapemos juro que nunca jamás volveré al desierto.

En realidad, por dentro, todos estábamos muy asustados, pero nadie quería expresarlo abiertamente para que no creciese la desesperanza. ¿Cómo habíamos llegado a ese infierno? Era preciso seguir, caminar hasta salvar la vida. Y continuamos caminando, hasta que, un día, decidimos matar al guía.

Puede que lo decidiéramos por desesperación: cada día nos decía que quedaba un día o dos de camino, pero cuando pasaban esos días volvía a

decir lo mismo. Nunca se acababa el viaje. Siempre había más. Así, el guía acabó cayendo en el foco de la sospecha del grupo. ¿Por qué era el único que conocía el camino? Al principio pensábamos que era uno más de nosotros, un migrante que quería ir a Libia. Pero a medida que avanzaba el viaje ya no lo teníamos tan claro: la duda iba calando dentro del grupo.

—¿Y si es uno de los traficantes? —sugería uno.

—¿Cómo sabía que los Land Rover de los traficantes no iban a volver? —se preguntaba otro.

—¿Por qué nos pide tanto dinero?

En pequeñas charlas secretas, en voz baja, íbamos entendiendo que nuestro guía era uno más de los mafiosos, alguien que estaba compinchado con ellos para sacarnos hasta la última moneda. O, al menos, eso nos parecía entonces, a la vista de las pruebas que teníamos. Es cierto que parecía absurdo jugarse la vida así por dinero, pasar por aquel martirio bajo el sol ardiente. Pero él era del

norte de África, probablemente saharauí, y estaba acostumbrado a vivir en aquellas condiciones, en una cabaña en medio del desierto. La cosa no debía de ser tan dura para él. Conocía muy bien la zona y el clima, y estaba adaptado. Hay gente que con una gota de agua puede llegar a vivir un día entero.

—Tenemos que matarlo —declararon varios.

Entonces el grupo decidió matar al infiltrado.

Yo, como era un niño, no podía tomar parte en las principales decisiones, pero los mayores tomaron esa decisión: eliminarlo.

El ambiente en el grupo se fue enrareciendo, se estaba volviendo más opaco, más duro, más difícil. Se respiraba la tensión en aquel grupo de hombres que caminaba cabizbajo, mirándose sus propios pies, por el desierto. Yo creo que el guía también se iba dando cuenta de que estaban pasando cosas, de que algo se movía subterráneamente. Empezó a ver que había gente que iba contra él. El panorama no era muy

halagüeño para nosotros: sabíamos que si matábamos al guía nosotros también íbamos a morir. Pero nos queríamos asegurar de que moría él primero: así no volvería a hacer caer a nadie en esa trampa en el futuro. Tiraríamos la toalla para salvar a otras posibles víctimas de aquella estafa mortal. Sacrificaríamos la vida para ponerle fin a ese camino de sufrimiento. Sin embargo, matar a una persona no es una tarea fácil, sobre todo si hay que hacerlo con las manos desnudas.

Cuando llegó el momento acordado, el decimonoveno día de viaje, intentamos atacarlo entre todos para matarle a golpes. Pero ocurrió una cosa imprevista: cuando el guía se percató del ataque, se movió con agilidad, sacó un cuchillo que llevaba escondido y se lo clavó al primer atacante. Este estaba muy débil, como todos los demás, y su acometida no fue muy efectiva. El guía le hizo un buen corte que sangró de forma muy abundante. Dio a entender que podría matar a cualquiera que se le acercase, no iba de farol. Se

le veía violento, muy enfadado, capaz de cualquier cosa. Así consiguió frenar el ataque, salvar el pellejo y escapar.

Los últimos días

Después de aquel suceso la situación fue todavía a peor. Estábamos completamente perdidos en medio de aquella nada. La gente se desmayaba por aquí y por allá, había que estar reanimando a los compañeros que ya no podían más. Al poco tiempo nos encontramos otro grupo de cadáveres: uno de aquellos cuerpos, vestidos con ropa vaquera, portaba una cantimplora. No sé por qué decidí mirar si le quedaba algo de agua. Y, en efecto, quedaba una pequeña cantidad de agua o de orina, no lo sé. Musa era el único que sabía que teníamos algo más de líquido. Yo aún no sabía que esa pequeña cantidad de líquido me salvaría la vida. De todas formas, me sentía culpable porque en la cultura musulmana robar es una cosa muy mala, aunque fuera a un cadáver que no podía sacar más provecho de aquello.

La suerte no fue la misma para todos. Muchos

iban tirando la toalla, abandonándose a la muerte, no quedaban fuerzas. Llegaba el final. El grupo se detuvo. Pero Musa y yo decidimos seguir junto a otros cuatro compañeros. Aún teníamos un resquicio de esperanza. Continuamos caminando en la dirección en la que el guía nos había señalado antes de que tratásemos de matarlo.

«¿Será la dirección correcta? —me pregunté—. ¿O trataba de engañarnos?».

—Si esperamos a que anochezca —expuso Musa—, podremos ver luces en la lejanía. Así comprobaremos que estamos en el buen camino.

Y eso hicimos. Pero no había luces. De todos modos, nosotros continuamos caminando, no teníamos otra opción. Decidimos seguir hasta donde llegasen nuestras fuerzas. Tenía los labios tan secos que apenas podía abrir la boca, porque se cortaban enteros. Era muy doloroso.

La caminata duró todavía tres días más en la misma dirección. En aquel trayecto usé el líquido de la cantimplora del cadáver para mantenerme

hidratado. Eso me salvó. Transcurrido ese tiempo fue cuando empezamos a ver unos pequeños palitos verticales, muy lejanos.

—¿Veis aquellos palos? —les dije a los compañeros—; ¿no son postes eléctricos?

—No sé —respondió Musa—, no lo tengo claro. Igual estás viendo lo que quieres ver...

—Si hay postes eléctricos es que hay una población cerca... ¡Tenemos que seguir hacia allí!

No sabíamos si eran alucinaciones o puro deseo, pero aquello parecía el tendido eléctrico de una carretera. Era muy posible que nos estuviésemos dirigiendo de nuevo a la civilización. Poco a poco nos fuimos acercando, con la ilusión renovada. A las pocas horas comprobamos que, en efecto, aquellos eran postes de electricidad. La alegría fue enorme, aunque el cansancio no nos permitía dar demasiados brincos para exteriorizarla. De hecho, yo no conseguí llegar al primer pueblo por mi propio pie: me desmayé antes.

Lo siguiente que recuerdo es un chorro de agua cayendo sobre mi cabeza, agua recorriendo mi cuerpo, empapándome. No era un sueño, era real. Mis cinco compañeros me habían llevado hasta allí, me habían salvado la vida sin yo darme cuenta.

De las cuarenta y seis personas que habíamos sido abandonados en el desierto solo seis habíamos llegado al pueblo. Los otros cuarenta habían muerto en las arenas del Sáhara. Fue muy triste, muy duro, lloramos muchísimo. El camino del infierno había durado tres semanas.

3

La sangre de un negro
es peor que la de un perro

El lugar donde desperté de mi desmayo tras atravesar el desierto era el minúsculo pueblo de Isir, un lugar muy árido, de apenas unas decenas de casas, todo lleno de arena. Estaba ya dentro de las fronteras de Libia. Sus habitantes nos miraban como si fuéramos tigres o cualquier otro animal salvaje. Se escapaban de nosotros. Era como si nos tuvieran miedo. Nos habíamos librado de las fauces del desierto, teníamos otra oportunidad que comenzaba allí mismo. Aunque habíamos salvado la vida de manera casi milagrosa, la lucha por la supervivencia iba a continuar, y aún durante muchísimo tiempo. Habíamos conseguido atravesar el desierto, aunque solo lo habíamos logrado seis de cuarenta y seis viajeros.

Cuando me desperté en Isir vi a chicos que se acercaban. Comenzamos a caminar hacia lo que eran las afueras del pueblo. Las mujeres que nos encontrábamos a nuestro paso huían de nosotros y se encerraban en casa. Nos extrañó, porque todavía no sabíamos que las mujeres en Libia no

pueden hablar con ningún otro hombre que no sea su marido.

Aplastados por el sol eterno, que estaba muy alto, nos refugiamos debajo de los tejados de unas cabañas, donde había buena sombra. Los chicos llegaron y empezaron a pedirnos dinero a cambio de agua, de agua fría de sus neveras. El agua de la fuente, bajo la que me había despertado después de mi desmayo, estaba muy caliente.

No nos quedaba nada de dinero. Yo solo tenía una cartera vacía y acabé por intercambiarla por aquella agua fría que nos prometían. La sentimos bajar por nuestro esófago, con alivio, refrescándonos. Una de las cosas más tristes que he aprendido en este viaje es que en la vida nadie da nada gratis. Siempre se espera algo a cambio: esa es la naturaleza humana. O al menos la naturaleza del sistema en el que vivimos los humanos. Si aquel día caluroso, al borde del desierto y de la muerte, no hubiera tenido aquella cartera para intercambiar probablemente aquellos

niños no me habrían dado agua. Aunque mi vida hubiese peligrado. No estaba pidiendo un coche, no estaba pidiendo un tesoro: solo agua, porque llevaba días caminando por el Sáhara. Pero así son las cosas.

Intentamos hacer entender a aquellos niños que todavía había unos compañeros perdidos en el desierto. Señalábamos en la dirección donde comenzaba la nada, pero no conseguimos hacernos entender hasta que por la tarde llegaron los hombres. Estos hablaban hausa.

—Hemos cruzado el desierto a pie, durante tres semanas —les contamos—, y nos hemos dejado a muchos compañeros por el camino. Están por allí, puede que aún estén con vida. Pero ¡hay que darse prisa!

—Iremos a echar un vistazo —dijo el que parecía ser su líder—, pero el desierto es muy grande y traicionero. Lo que parece en un sitio está en otro; lo que parece cerca está lejos.

Algunos cogieron un coche y se fueron hacia

donde les indicamos. Dieron vueltas y vueltas, pero regresaron sin encontrar a nadie. Nunca más volveríamos a saber nada de aquellas personas con las que habíamos cruzado el Sáhara. Lo más probable es que se hubieran convertido en un grupo más de cadáveres de esos que salpican el camino y que convierten el desierto en un cementerio.

Nuestros nuevos anfitriones nos ofrecieron leche y comida: espaguetis con tomate. Nos dieron de comer a cambio de trabajar al día siguiente en sus casas, repasando paredes. Shinonee, un miembro de nuestro grupo, sabía hacer esas tareas de albañilería. Musa y yo tomamos la decisión de quedarnos con él, ser sus ayudantes, mientras que los otros tres compañeros decidieron irse y seguir su propio camino. Así estuvimos una semana, trabajando para la gente de Isir: la idea era reunir algo de dinero para lograr llegar al pueblo siguiente, aunque era complicado porque no nos daban dinero, sino comida a cambio de trabajo.

Mi objetivo era llegar a la capital de Libia, Trípoli, al norte, a la orilla del mar Mediterráneo. Allí conseguiría mi soñado trabajo con un sueldo mensual. Así que Musa, Shinonee y yo comenzamos una nueva travesía, primero hasta Baragat, donde fuimos caminando y trabajamos recogiendo sandías. De ahí cogimos un taxi hasta Ghat, al sudoeste del país, cerca de la frontera con Argelia. Allí había un gueto de negros en el que se debía pagar para estar. Nunca pudimos entrar en aquel recinto porque no teníamos dinero. Nos quedábamos fuera durmiendo entre cartones, incluso en días difíciles de mucho viento. En Ghat estuvimos unas cuantas semanas, pero no conseguíamos trabajo, vagabundeábamos por las calles e íbamos por los restaurantes pidiendo las sobras para alimentarnos. Aquella situación de mendicidad no se parecía demasiado a lo que yo esperaba de Libia.

Entramos en contacto con una empresa de construcción que quería hacer los cimientos de una

casa. Se trataba de excavar unos agujeros de siete metros de profundidad para colocar los pilares. Pagaban cinco dinares al día. Eso era más que mano de obra barata, pero era preferible a estar pidiendo en la calle y no poder ir jamás a Trípoli. En general el viaje hasta la capital sucedió de esa manera, de pueblo en pueblo, haciendo pequeños trabajos, ganando algo de dinero, pidiendo comida... Una larga sucesión de localidades libias hasta llegar a nuestro destino, siempre tratando de que nadie nos robase. Había mucha gente viajando de pueblo en pueblo como yo, tratando de ir a Trípoli, aunque siempre más preocupada por qué echarse a la boca cada vez que amanecía que por conseguir alcanzar la ciudad.

A medida que habían ido pasando los días me fui volviendo más duro. Sabía que lo peor que me podía suceder era morir, no tenía nada más que perder, solo me quedaba la vida. A pesar de todo, no me arrepentía de haber iniciado mi viaje. En ese caso hubiera intentado regresar a casa, cosa

que nunca hice. Nunca sentí nostalgia de mi hogar, nunca lloré por volver. En ese camino no hay vuelta atrás. Llegas muerto o llegas vivo, pero no hay vuelta atrás.

Ni siquiera creo que exista el camino inverso. Dicen que hay gente que regresa, pero yo nunca he conocido a nadie que lo haya hecho. Las mafias, los traficantes, no operan en esa dirección. Lo que sí conozco es a esa gente que se queda colgada en mitad del viaje, los *sinkers*, se les agota el dinero y no logran remontar, como los que estaban atrapados de por vida en Agadez.

La primera muestra de racismo

Entre Ghat y Abinet, en el camino a Trípoli, pasé un mal momento. Empecé a sangrar por la nariz sin parar, mientras caminábamos entre un pueblo y otro por una carretera. Como no dejaba de sangrar nos desviamos del camino hasta llegar a un campamento militar que veíamos a lo lejos. Queríamos pedir ayuda.

—No podemos tocar la sangre de un negro —nos dijeron—, para nosotros es como tocar la sangre de un perro. No podemos ayudarlos.

Algunos musulmanes no pueden ni tocar a los perros, a los que consideran impuros. Aquello se me quedó grabado en la memoria para siempre.

—Tomad, usad estos trapos para ayudarlo, es lo único que podemos hacer.

Fue entonces cuando me di cuenta de que existía una cosa que se llamaba «racismo». En Ghana, un país del África negra, no existía la

discriminación. Ahora, según viajaba por el mundo, comenzaba a percibirla. En contrapartida, he de decir que durante nuestro camino por la carretera, a veces pasaba un camión lleno de sandías y sus ocupantes nos arrojaban algunas. Caían sobre el asfalto y se partían, pero se podían comer igualmente. También había gente buena y generosa.

En Ubari, ciudad oasis y la capital del distrito Wadi Al Hayaa, hacia el centro de Libia, dormimos en un antiguo centro comercial que los estadounidenses habían abandonado. Fue una experiencia curiosa. Allí vivíamos con la gente que iba conociendo por el camino. Ubari también fue una experiencia dura. El único trabajo que había era recoger melones. Teníamos que colocarnos en un lugar y esperar a que llegaran furgonetas en busca de trabajadores. Cuando una aparecía había que ir corriendo para montarse el primero. La competición era feroz, había que ser muy rápido. Pero aunque yo llegaba bastante

rápido y me montaba en el vehículo, me hacían volver a bajar.

—Eres un bebé, eres demasiado pequeño para trabajar. ¡Lárgate de aquí!

Ser joven a veces me venía bien en la consecución de mis propósitos, pero otras, me perjudicaba. Así que no me quedaba otra opción que vagar por la ciudad hasta que se ponía el sol.

Un día fui a rezar a una mezquita y al salir me topé con un hombre en la carretera.

—¿Tienes hambre? ¿Estás solo? —me preguntó.

—Claro que tengo hambre.

—Ven, no tengas miedo, te invito a mi casa a comer.

Cuando llegué a su casa me dijo que me daría de comer y luego me haría fregar los platos a cambio. Pero nada más atravesar el umbral, me acorraló y empezó a quitarme la ropa: intentó violarme. Acabé saliendo a la carrera de aquella casa. Me hice una herida que me dejó una duradera

cicatriz al saltar el muro cubierto de trozos de cristal, pero no me quedaba otra opción que hacerlo si no quería que aquel hombre me violase. Me vi en la calle vestido solo con los bóxers que había conseguido que no me quitase. Y en Libia no se puede ir desnudo por la calle. Me parecía sorprendente que aquel violador de menores acabase de salir de rezar de la mezquita. Pasé mucho tiempo en Ubari. Como no me daban trabajo no conseguía ahorrar dinero para continuar mi viaje. Musa y Shinonee sí que lo consiguieron y se adelantaron hasta nuestro siguiente destino. Quedamos en que me esperarían en Sabha.

Connection house

La ciudad de Sabha es otro punto caliente en la ruta de la migración donde se congregan multitud de migrantes procedentes de Nigeria, Níger o Ghana, que tratan de llegar al norte. Allí encontré trabajo en un taller, arreglando camiones, y me quedé dos meses, procurando ahorrar para partir. Shinonee y Musa lo hicieron antes, sin esperarme. Primero fue Shinonee. Aquella fue la última vez que lo vería en mi vida. Poco después lo hizo Musa. Él ya tenía dinero para continuar y no había encontrado trabajo fijo como yo. La despedida fue dura, éramos buenos amigos, pero después de todo lo que habíamos vivido sabíamos hacer frente a los reveses emocionales. Nos despedimos con un fuerte abrazo, sin saber si nos volveríamos a ver.

—Nos va a ir muy bien, estoy convencido —aseguraba Musa, siempre muy positivo.

—Nos encontraremos en el País de los

Blancos —le contesté.

Cuando me quedé solo, como solía hacer, busqué algún contacto, alguien de confianza, de más edad, que me pudiera ayudar y proteger. Encontré a un hombre que llevaba ocho años en Libia. Había estado en Trípoli, pero había tenido problemas con la policía y había tenido que volver a la zona meridional del país. No obstante, quería volver a Trípoli.

La idea era que yo le pagara una parte del viaje y luego él me hospedaría en una casa que decía tener en la capital. Una vez más caí en la trampa: al llegar a Trípoli comprobé que no tenía nada. En ese camino topas con gran cantidad de mentiras y engaños. Todo el mundo trata de sobrevivir, aunque sea a costa del otro. Lo que es cierto es que ese hombre conocía a mucha gente, así que hablando con unos y otros nos enteramos de que un amigo suyo tenía una casa en un barrio. Tomamos un taxi y fuimos hasta allí.

Era lo que se llamaba una *connection house*,

que quiere decir algo así como «casa de conexión». Lugares algo sórdidos donde hay prostitutas, alcohol y se trafica con marihuana... Una casa del vicio, en definitiva. Por fuera parecen sitios normales, bien contruidos, pero por dentro la distribución es extraña. Así, la casa se distribuía alrededor de un patio grande, con suelo de arena, donde la gente estaba bebiendo y fumando. Había música: era como un bar. De ese espacio central salían pasillos donde estaban las pequeñas habitaciones de las prostitutas. La clientela estaba formada por takums, que son los negros ya establecidos en la ciudad y que saben manejarse, y árabes musulmanes que escapaban de las prohibiciones de la religión y estaban especialmente interesados en las prostitutas.

En el patio nos quedábamos los novatos compartiendo vivencias. La mayoría de las historias eran parecidas: gente que iba a Europa porque allí tenía un familiar, gente que estaba esperando un dinero que alguien le iba a enviar.

Pero ese dinero nunca llegaba. Me sentía menos solo estando con quienes tenían los mismos problemas y aspiraciones que yo.

El alcohol se fabricaba allí mismo, porque en Libia está prohibido y es difícil de conseguir. Yo veía cómo lo hacían utilizando aparatos llenos de tubos para la destilación, usando fuego para calentarlo. No sabía qué alcohol era ese, debía de ser de muy baja calidad y con una graduación altísima. Lo guardaban en latas metálicas grandes y se bebía en vasos de chupito. En Libia el alcohol es la droga más potente. Eso sí, nunca nadie parecía borracho ni armaba jaleo. Eso podría llamar la atención de las autoridades y llevarlos a la prisión. El precio era demasiado alto. Así que bebían y se iban. Casi nunca se llevaban el alcohol a casa, el olor podía delatarlos. Antes de salir comían mazorcas de maíz tostado para que no les oliese el aliento. Se jugaban mucho. Otra zona, más recogida y arreglada, con suelo de cemento, estaba destinada al hachís y la marihuana.

Estos lugares no son el sitio más recomendable, sobre todo para un chico joven. Normalmente los chulos viajan al centro de la ciudad para buscar clientes y llevarlos hasta ese burdel. Conocí a una chica ghanesa muy joven y muy guapa, de la tribu ashanti, que estaba allí, metida en la prostitución. Yo dormía por la noche en la habitación donde ella trabajaba de día, pues el espacio nunca se desaprovechaba. Me daba mucha pena, porque debía de tener menos de diecisiete años. La habían engañado para llevarla hasta allí, su propio novio le había dicho que la llevaba al País de los Blancos, y ahora tenía que vender su cuerpo para pagar una deuda que no se sabía de dónde había salido y que parecía que nunca saldaría. Su único sueño era escapar de allí. Ser libre. Era un lugar triste, terrible, sobre todo para un chaval musulmán, piadoso, que rezaba a diario. Había de todo en la casa de conexión. El único que no estaba era Dios.

Cuando yo me quedaba de guardia tenía que

hacer algunas tareas en la casa. Por ejemplo, administrar y cobrar las pequeñas dosis de marihuana que allí se despachaban. Y apuntar en una pared cada vez que una de las prostitutas hacía un servicio. De esa manera, cuando los proxenetas venían por la noche sabían cuántos clientes habían pasado y si las chicas les estaban pagando lo que les debían. Aun teniéndolas sometidas no querían que les escamoteasen ni un céntimo.

Sin embargo, a pesar del horror, cuando vives este tipo de situaciones te acabas adaptando. En estos lugares todo el mundo hablaba de Europa como el mejor destino, la solución a todos los problemas, aunque no había ninguna evidencia de que fuese así. Pero creíamos lo que queríamos creer. Nos aferrábamos a una esperanza. Ni siquiera sabíamos que en Europa la inmigración es con frecuencia considerada un problema. Creíamos, de manera inocente, que nos iban a recibir con los brazos abiertos.

Después de tres días nos echaron de aquella

casa y nos fuimos a otra. Había unos chicos ghaneses que estaban tratando de construir una nueva *connection house*, la estaban levantando de la nada, creando su propio negocio. Como eran de nuestro país y nos entendíamos, nos juntamos con ellos. Unos hacían de albañiles, para construir la casa, y otros se quedaban vigilando. En esa casa lo pasé mal, porque había una señora, ya de cierta edad, con la que me llevaba fatal. No me parecía bien que una mujer como ella vendiera su cuerpo a jovencitos. La veía como una bruja. Me caía fatal. Cuando me veía rezar me decía cosas.

—No pierdas el tiempo de esa manera —me recomendaba burlona—, tu Dios no te va a escuchar si le rezas desde aquí.

La odiaba.

Un día, otro de los días más milagrosos de mi vida, me enviaron a hacer un recado desde la *connection house*. Me dijeron que tenía que llevar unas garrafas de agua de la fuente. Eso hice, cogí las garrafas vacías y me encaminé a la fuente más

cercana. Cuando regresé, cargando el agua con dificultad, me encontré la sorpresa: la casa estaba rodeada de coches de policía. Habían descubierto todo el asunto del alcohol y la prostitución. Dejé caer las garrafas de agua y eché a correr en dirección contraria a toda velocidad. La suerte había querido que me encontrase fuera del lugar, de otro modo hubiera acabado en una cárcel libia, probablemente uno de los peores lugares del mundo en el que estar. Allí no se conoce eso de los Derechos Humanos. Si te pillan mueres en la cárcel. Escapé, fui al centro de Trípoli y con el poco dinero que tenía compré un billete para Bengasi, la segunda ciudad en importancia del país, al noroeste, también en la costa mediterránea.

Después de tantas aventuras y esperanzas solo había pasado en Trípoli una semana.

Bengasi

En Bengasi, en cambio, pasé casi cuatro años, lo que da idea de lo azaroso de este viaje. Nunca sabes dónde vas a pasar de largo, como si no existieras, o dónde te vas a encallar una eternidad y formar algo parecido a una vida. Es la pura incertidumbre.

Bengasi es una ciudad que me gusta, la veo bonita, tiene edificios altos, grandes espacios públicos. En realidad, se parece más a una ciudad europea que a una de las destartaladas ciudades de Ghana. Durante una de las guerras civiles libias, esta ciudad fue un bastión de los rebeldes que se oponían al presidente Muamar el Gadafi. En sus calles tuvieron lugar cruentas batallas.

Llegué a Bengasi solo y me dirigí a un restaurante a pedir algo de comer, algunas sobras. La mujer que lo regentaba era de mi tribu, una mujer wala, una gran casualidad. Así que me

dieron de comer y me pagaron el taxi hasta el gueto negro del barrio de Kish, la zona oriental de la ciudad. Me dijeron que al llegar no llamase a la puerta, sino que lanzase una piedra de una determinada manera, a modo de contraseña, para que no sospechasen y me dejaran pasar. Como son más de cincuenta personas las que viven en la misma casa, no saben quién es quién.

El gueto era un edificio hecho de ladrillo, sin pintar, muy precario. No tenían ventanas, solo cortinas hechas con trapos. Cuando llegué, en efecto, me dejaron entrar sin ningún problema, sin preguntarme nada. Me senté allí, entre toda aquella gente que estaba hablando la lengua ashanti, la segunda de Ghana después del inglés. Me quedé escuchando lo que decían unos y otros. Así fue atardeciendo y anocheciendo, mientras se iban contando historias. Un hombre parecía el jefe de todo aquello. Era grande, con pelo y barba blancos, sin camiseta. Mostraba con orgullo una gran barriga semiesférica. A última hora, reparó

en mí.

—No me suena tu cara... ¿Tú quién eres? — me preguntó.

—Me llamo Ousman. Acabo de llegar.

—Pero eres tonto, ¿por qué no has dicho nada? —repuso—. Te has quedado ahí sentado, callado, y ahora es muy tarde. La gente se va a dormir y no sabemos dónde vas a hacerlo tú... ¿Dónde te vamos a meter ahora?

Nos enfrentábamos a un problema logístico. El hombre me preguntó con quién había venido. Le conté que venía solo, desde Ghana, y que había cruzado el desierto y saltado de pueblo en pueblo por toda Libia.

—¡Vaya! —exclamó—, parece que eres un gran viajero. Incluso más que yo.

Era un hombre simpático, aunque imponía mucho respeto. Se sorprendía porque lo normal, en el largo camino de la migración, es viajar en grupo o, al menos, en compañía de otra persona. Un compañero de viaje de total confianza con el que

compartir confidencias y brindar ayuda en caso necesario.

El gueto era un edificio con muchas habitaciones, muchísimas, y allí se vivía en grupo, con dos o tres lavabos, tan sucios que son difíciles de imaginar. Daban mucho asco. Es increíble que no se produzcan más enfermedades en esos lugares. Cuando llegué, aquella noche, no había hueco libre en ninguna habitación, así que me preguntaron de dónde era para colocarme con otras personas de mi mismo origen. Mi región, Brong-Ahafo, es una de las que más emigración genera.

—¡Hey —gritaron al interior de una habitación —, aquí hay uno de los vuestros! ¡Hacedle sitio!

En ella se alojaban unos chicos de Techiman, eran cinco.

—Pero ¡es que aquí no cabe nadie más! —se oyó una voz desde dentro.

Aunque al principio se negaron a admitirme, al final acabaron aceptando. Había que pagar unos

cinco dinares a la semana. Llegamos a ser siete en el cuarto, durmiendo en el suelo, que estaba completamente forrado de colchones.

El ambiente en el gueto era de camaradería, como de compañeros de piso. En una esquina preparábamos la comida. No teníamos mucha vajilla, utilizábamos tazas, algún plato, latas de tomate vacías... Una receta muy común consistía en hacer una salsa con tomates casi podridos, de esos que nadie quiere, con atún y sal. En ocasiones incorporábamos esa salsa al arroz que cocíamos en una olla, pero otra opción era coger harina y agua y hacer una especie de masa que mojábamos en la salsa. También cortábamos trozos de tomate y cebolla y los comíamos con pan, como una ensalada. Eso era básicamente lo que se comía. Fuera de ahí a veces pan con sardinas de lata. Poca cosa. Poca fruta. Tampoco conocíamos demasiado de la diversidad de comida que hay en el mundo. Si soñábamos con comida, soñábamos con kilos y kilos de arroz con tomate y atún.

Algunos días había boda en el barrio, bodas de libios, e íbamos allí a coger la comida sobrante. También nos daban comida los viernes después de rezar, gente que cocinaba de más para ofrecernos algo. A pesar de la crueldad de estos ambientes, en todas partes hay gente buena y solidaria.

Por las noches nos sentábamos todos a lo largo del pasillo para hablar. Cada uno contaba su historia. A mí me respetaban mucho porque había hecho la ruta desde Agadez, cruzando el desierto, a través de las montañas de Hoggar, que eran muy temidas: poca gente lo hacía, y de los que lo hacían pocos sobrevivían: era mi caso.

—Vaya mala suerte que tuviste, Ousman —me decían—, ese camino es durísimo, es lo peor que te puede pasar.

La otra ruta, la ruta en camión por Duruku, era mucho más sencilla, aunque también tenía sus complicaciones. A veces aparecían ladrones que robaban y daban palizas a los viajeros. El camión sobrecargado de cuerpos podía averiarse. A

muchos les había pasado lo mismo que a mí: los habían dejado abandonados en mitad del desierto. Me enternecí mucho la historia de Cadre, de la tribu de los banda, un hombre que vivía en mi misma habitación y que había dejado todo para viajar, y estaba arrepentido. Incluso había vendido los dos taxis y la tienda que le proporcionaban una vida decente. Pero había caído en el embrujo del viaje al País de los Blancos. Lloraba mucho.

Dentro del gueto había diferentes niveles sociales. Por ejemplo, Adeibi era un hombre de Techiman que tenía un trabajo fijo como albañil en una empresa de reformas que operaba en la Universidad de Bengasi. Ganaba algo de dinero, hasta cincuenta dólares al mes. Para nosotros era mucho. En Ghana había sido mecánico de camiones. Nos contaba anécdotas.

—Las chicas universitarias me saludan cuando me ven, y lo hacen en inglés. Me dicen «*Hi, Adeibi!*».

Aunque la chica que le quitaba el sueño era

una pobre y joven ghanesa.

—Si llego a Europa y me hago rico volveré a Ghana para darle un futuro.

Su poder adquisitivo se notaba por su ropa elegante. Los domingos se ponía pantalones *beige* y camisa blanca, además de joyas y otros complementos. Le gustaba mucho arreglarse. La ropa era una forma de demostrar estatus. Ya tenía la vida solucionada, no era un novato. Los que tenían más poder adquisitivo disfrutaban de otros lujos: en vez de vivir en habitaciones de siete personas, lo hacían en otras donde solo dormían tres. Yo siempre trataba de acercarme a aquellos que me podían ayudar y proteger, así que muchas veces le doblaba la ropa a Adeibi o le fregaba los platos. Me lo iba ganando. La gente decía que Adeibi era mi jefe. Era normal que existieran protectores y protegidos. Él me daba comida. Nos hicimos muy amigos.

Pronto conseguí un trabajo de chapistería en el barrio de Bodema. Me dieron un coche Toyota,

modelo Pony, que había tenido un accidente. Para demostrar mis habilidades tenía que repararlo gratis. Al ver el resultado me contrataron y estuve unos seis meses trabajando en esos menesteres. Dormía en una litera, en el piso superior del taller, con un chico llamado Ali. Hasta que surgió un problema: el jefe, un palestino llamado Mohammed, tenía el taller y los clientes, pero no sabía hacer el trabajo. Así que me tenía a mí como chapista y a ese otro chico, Ali, como pintor.

De lo que el jefe negociaba con los clientes se obtenía un beneficio que repartíamos entre los tres. La sorpresa, una vez más, fue que el jefe estaba cobrando más de lo que nos decía y quedándose ese dinero: nos estaba estafando. Ali le dijo que era un mentiroso. Según el islam es la cosa más negativa que se puede decir alguien, es peor que darle un puñetazo en la boca. Mohammed se enfadó muchísimo, se puso a gritar, casi nos mata. Así que nos fuimos corriendo de allí. Y volví al gueto.

Entre un trabajo y otro, un taller y otro, idas y venidas, me acabé asentando en Bengasi, teniendo una vida cotidiana y normal, dentro de lo que se puede tener en Libia. Las relaciones entre los hombres y las mujeres, por ejemplo, están muy restringidas en aquel país. Los taxis y los autobuses estaban segregados por género. No podía montar en un coche con una mujer. Incluso si te encuentras con una mujer en una acera no puedes cruzarte con ella, tienes que cambiarte de acera. Al menos los negros. Tampoco se ve a una mujer sola por la calle, siempre va acompañada del padre, del marido, del hermano mayor..., nunca sola. Y, por supuesto, que no se te ocurra mirarla. Si te detecta, el acompañante masculino te va a tirar piedras.

Uno de los problemas de la ciudad eran los Asma Boys, chicos libios callejeros que no iban vestidos con la ropa tradicional, sino con prendas occidentales: zapatillas, vaqueros remangados... Iban en pandilla, eran macarras y violentos.

Cuando veían a un negro le pegaban hasta que no les quedaba aliento. Había que tener mucho cuidado, tratar de evitarlos cuando los veías en grupo, ir siempre por zonas transitadas. Odiaban a los negros porque en el año 2000 Gadafi había hecho un viaje por África y había decidido disminuir las ayudas a los libios, ya que no existían ayudas de ese tipo en otros países del continente. Los Asma Boys pensaban que aquello era culpa de los negros. Por eso nos odiaban. A mi amigo Mustafá le cogieron y le dieron una buena paliza. Aquel día yo conseguí huir. Algunas veces secuestran a negros y les piden un rescate. A algunos los matan.

El concepto de ocio casi no existe en Libia. No hay cines. Solo hay tres canales de televisión y el principal estaba prácticamente ocupado por Gadafi, insultando a Estados Unidos. Lo más parecido al tiempo libre era cuando comprábamos DVD e íbamos a casa de un takum. Algunos viernes, después del trabajo, íbamos a ver vídeos

musicales. Entre ellos estaban los de Shakira, que para nosotros era lo más parecido a una película pornográfica. No estábamos acostumbrados a ver a una mujer moverse de aquella manera, con tan poca ropa, haciendo poses. Por ejemplo, en el vídeo de la canción *Whenever, wherever* (en España se llama *Suerte*), cuando Shakira emerge del barro o baila entre las olas salvajes, moviendo las caderas y haciendo otros movimientos sensuales. Jennifer López también nos gustaba, y algunos raperos estadounidenses como 50 Cent. Me pregunto si esas megaestrellas de la música saben que los ve gente tan pobre en lugares tan precarios. Si saben que llegan a esos sitios y a esas personas. Esos días eran los días de fiesta. El resto de la semana era de monótono trabajo.

Reencuentro con Musa

En Bengasi me reencontré con mi amigo Musa. En todas las ciudades hay un lugar donde se reúnen los negros, cuando eres negro es fácil encontrarte. En esos lugares nos juntamos, compartimos experiencias e informaciones. En Bengasi ese lugar estaba en el barrio de Funduq.

Allí conocí a otros negros y, un día, en una conversación, salió el tema de un chico de Kumasi llamado Musa. Me dijeron que estaba por allí, trabajando. Así supe que estábamos en la misma ciudad y mediante contactos logramos reencontrarnos. Nos hizo muchísima ilusión volver a vernos.

Musa trabajaba como vigilante nocturno en una empresa. Hacía turno de noche y dormía por el día, aunque en realidad en su trabajo no había mucho que hacer, solo dar una vuelta de reconocimiento de vez en cuando. No vivía en el

gueto, sino en un gran contenedor de los que se utilizan para transportar mercancías en los barcos, pero adaptado como habitación. Era un sitio que estaba bastante bien y al que me encantaba ir a dormir. Solía ir los jueves por la noche, iba muy feliz: era el mejor momento de la semana. Allí hablábamos casi toda la noche, de fútbol, de cantantes estadounidenses, de los que sabía un montón, porque tenía muchos DVD, y yo ni siquiera conocía. También tenía mucha comida, muchos kilos de arroz, y atún y tomate, hasta refrescos... comíamos todo lo que queríamos. Musa lo pasaba mal para dormir, sobre todo por el día, porque le costaba conciliar el sueño con algo de luz. Cuando el viernes por la mañana tenía que regresar al gueto sentía una desolación muy grande, mucha tristeza, porque en el contenedor de Musa era donde mejor lo pasaba, como si aquel sitio fuera mi hogar. Otra vez el infierno del trabajo y del taller.

Algunos viernes Musa me llevaba a la casa del

gobernador de Bengasi, porque era primo de Mohammed, el *house boy*, el chico que hacía el café y otras tareas. Era una casa enorme, muy lujosa. Hasta el lugar donde vivía Mohammed, una casita, era lujosa, con su cocina y su lavabo. El gobernador había sido aliado de Gadafi cuando llegó al poder y tenía un garaje donde almacenaba una colección de cincuenta coches. Una de las tareas de Mohammed era arrancar con cierta frecuencia aquellos coches para que no se averiasen por el desuso.

Pero una vez más Musa decidió marcharse. Él quería dar el salto al país, y lo haría a través de Casablanca, en Marruecos. Y yo no tenía tanta prisa, era más conservador y quería ahorrar todo el dinero que pudiera. De nuevo nos despedimos pensando que todo iría bien y que nos encontraríamos en el País de los Blancos.

Otro de mis trabajos fue con el libanés Adel, en el puerto, que trabajaba soldando los tubos por los que se saca el petróleo, y también vehículos

pesados, excavadoras y cosas así. Era un taller enorme, a las afueras, camino del aeropuerto, custodiado por diez perros. Palestinos, libaneses... Los libios no trabajan demasiado, cobran dinero por el mero hecho de tener hijos. Cuantos más hijos más dinero, porque son solo cinco millones de personas para ocupar un territorio enorme, con una cantidad de petróleo brutal. Así que cada uno recibe un sueldo por el mero hecho de ser libio. Son gente muy rica: el gobierno tiene pisos vacíos para quien quiera ir a vivir, aunque vivir en piso es de pobres. Lo bueno es vivir en una casa propia. De todas formas nosotros, los negros, vivíamos de otra manera, en las afueras, en los guetos.

La tentación de cruzar el Mediterráneo

Muchos de los migrantes que ocupan las noticias y que aparecen (y muchos mueren) en el Mediterráneo salen de Libia, de la localidad de Zuara, cerca de Trípoli. Allí las mafias de la migración hacinan a los viajeros en barcas de goma o madera y las lanzan al mar. Llegan a llevar a bordo hasta cuatrocientas personas. Tuve conocidos que iban hacia allí, donde, decían, el viaje a Europa costaba mil dólares. Otros regresaban de allí quejándose de que habían pagado esos mil dólares y que les habían timado. Nunca los habían llevado al otro lado.

Cuando estaba en Ghana pensaba que al otro lado del mar estaba el País de los Blancos. Entonces, en Libia, seguía pensándolo. La diferencia era que ahora era verdad. No muy lejos de aquellas costas estaba Italia, Grecia, Malta...

Mi idea era ahorrar y ahorrar para dar el salto, y según acumulaba más dinero iba planteándome cómo hacerlo. Todo el mundo hablaba de Zuara, la vía más sencilla: desde la costa de Libia hasta Europa cruzando, simplemente, el mar Mediterráneo. Sonaba fácil. La gente se excitaba, quería irse cuanto antes. Pero yo sabía que había que conservar la calma. Tengo bastante paciencia y no quería quedarme sin dinero a mitad de camino. Me gusta asegurar el tiro antes de jugármela. Lo que no sabía, sin embargo, era que mi camino todavía tenía que dar muchas vueltas.

Lo habitual era que te pagaran en dinares, y cuando reunías cien los cambiabas por dólares. Yo, no obstante, tampoco me impacientaba: sabía que la relación entre el dinar y el dólar iba cambiando y que podía aprovechar el momento más ventajoso para lograr el máximo beneficio. En alguna ocasión hasta llegué a reunir más de mil dinares. Y para no llevar tanto dinero encima siempre, y como no podía dejarlo donde dormía

(por si me robaban), tenía un lugar donde enterraba el dinero, como si fuera un tesoro. En realidad, era mi tesoro.

Cuando reuní el suficiente dinero llegó también el momento de irme. Tenía que dar el salto.

En busca del salto

Nunca había cogido un avión. Pero tenía que llegar a Trípoli para continuar mi viaje. En esos días el presidente Gadafi estaba visitando Sirte, su ciudad natal, entre Trípoli y Bengasi, así que en la carretera había muchísimos controles. Y si hay controles y eres negro tienes un problema. En Libia en cualquier momento puedes entrar en la cárcel y pudrirte allí hasta el final de tus días.

Así que decidí coger un avión por primera vez. Fui al mercado negro, compré un pasaporte ghanés, hice la chapuza de colocar mi foto y me dirigí al aeropuerto. En Libia hay varios tipos de policías. Unos llevan boina roja, dicen que si te matan no tienen que responder ante la justicia. Cuando viene Gadafi son ellos los que lo protegen. Allí había tres controles de policías en el aeropuerto. En los tres casos los policías miraron el pasaporte. Luego me miraron la cara. Me temblaban las piernas. Luego volvieron a mirar el pasaporte. Y me dejaron pasar: era mi día de suerte; si me llegan a pillar me hubiera podrido en

un calabozo.

El avión era muy grande, pero más grande era mi miedo. Enfiló la pista y fue cogiendo velocidad y velocidad y velocidad y sentí cómo la aceleración tiraba de mí hacia atrás, hasta que aquel enorme aparato de metal se elevó como por arte de magia. Al fin estaba en uno de esos aviones que veía surcar el cielo desde mi pueblo de la selva, esos que tanta curiosidad me habían generado. ¿Cómo puede volar un aparato tan enorme? Sentí vértigo en el estómago durante el despegue, cuando vi que la parte delantera de la nave se inclinaba y se separaba de la tierra y todo se iba haciendo cada vez más pequeño. Viajé aferrado a los brazos del asiento como si tal cosa sirviese para algo, como si así evitase que el avión se cayera.

En esa ocasión llegué a Trípoli con dinero y bien vestido. Fue muy diferente a mi primera vez, cuando llegué con la ropa destrozada después de un viaje tan tortuoso.

En la capital es donde ocurren las cosas. Fui a una casa africana a comer. Ya sabía dónde estaba la información, los lugares. Fui al gueto, que era donde todo se podía averiguar, donde todo se podía conseguir. Es como un medio de comunicación, una radio alternativa, una red social, porque todo el mundo pasa por allí y todo el mundo habla.

En esa mezcolanza de personas también se encuentran los guías que van a buscar a gente para presentarlos ante las mafias que organizan los viajes.

—Tengo contactos. Conozco a gente que te puede ayudar a dar el salto —me dijo uno de ellos—. Tienes que venir conmigo, son gente seria, la opción más segura.

El chico parecía de fiar. Le contraté por cien dólares.

Cogimos el autobús desde Trípoli hasta Gadamés, el lugar desde donde se sale a Túnez. Lo preparamos todo y a las doce de la noche partimos

hacia la salida para cruzar la frontera a pie hasta llegar al primer pueblo de Túnez. Allí nos esperaba una furgoneta. Yo llevaba mucha agua, porque tenía experiencia de la vez anterior, tanta que casi no podía caminar del peso. Y así anduvimos toda la noche por el desierto, hasta llegar al pueblo donde estaba la mafia esperando, con sus Land Rover. Nos recogieron, nos llevaron a otra casa y vuelta a empezar.

Cuando hablo de mafia quizá no es lo que se imagina en Europa. No son mafiosos con metralletas AK-47 como en las películas. Son gente con contactos, una red de gente que traslada a los migrantes. Tampoco es cierto que las mafias engañen a las personas y las convenzan para viajar Europa, simplemente atienden una demanda que ya existe. En Ghana nadie me lavó el cerebro para que iniciara mi viaje, fue mi propia curiosidad, mis ganas de conocer el mundo. Eso sí, son estas organizaciones las que te consiguen los papeles, un pasaporte falso donde pones tu foto. Las diferentes

mafias forman una cadena por la que vas pasando en distintas etapas. Todo está conectado.

Los Land Rover surcaban el desierto a toda velocidad, estaban pilotados por grandes conductores, muy hábiles... podrían ganar el *rally* Dakar. Son gente que conoce muy bien el desierto y con una pericia excepcional. Subían las dunas a toda potencia y, tras alcanzar la cresta, lograban mantener el control del coche, que parecía volar, suspendido en el aire, antes de impactar otra vez en la tierra, como si en vez de un coche fuera una lancha rápida surfeando las olas del mar. A algunos les daban ganas de vomitar. Así estuvimos días, haciendo diferentes etapas.

Justo antes de llegar a Uargla, una ciudad de Argelia, nos quedamos sin agua, así que fuimos a unos pozos a buscar. Al mediodía solar, cuando el sol abrasa más y hay menos controles es el momento adecuado para pasar, porque la policía descansa a esa hora. Sin embargo, cuando estábamos allí de repente se empezaron a oír

disparos: era una patrulla de control policial disparando al aire y gritando como locos. Sembraron el pánico, y unas diez personas saltaron dentro del coche donde yo viajaba, con la mala suerte de que de todos los Land Rover disponibles los policías eligieron perseguirnos a nosotros. Entonces la cosa se puso seria ya que dejaron de disparar al aire y comenzaron a apuntar a nuestro coche, en especial a nuestros neumáticos. Algunos compañeros, que iban colgando fuera del Land Rover, fueron alcanzados por las balas. Otros vehículos lograron escapar, pero nosotros y los que se quedaron en tierra fuimos interceptados.

Entonces los policías cogieron al conductor del coche y le gritaron, lo tiraron al suelo y le empezaron a dar culatazos en el rostro. Le rompieron literalmente la cara, que quedó deformada y cubierta de sangre.

—Por qué nos has frenado, ¿eh? —le preguntaban a gritos mientras lo golpeaban—. ¿Por qué no has frenado? ¡Imbécil, te hemos ordenado

que pararas!

Creo que estuvieron a punto de matarle. Aquellos policías eran los peores que he conocido en mi vida, horribles, muy violentos.

Es en este punto donde empieza una bifurcación inesperada de mi viaje. Al final éramos siete los que íbamos en el vehículo, muchos otros se habían quedado en tierra. Llamaron a refuerzos y nos recogieron. Nos transportaron a un centro de control, donde nos contaron mil millones de veces, y nos llevaron a la comisaria, desde la que empezó una especie de periplo. Nos iban llevando de una cárcel a otra, fichándonos una y otra vez, con muchas etapas y mucha burocracia, prisiones insalubres como la de Tamanrasset, en el corazón del desierto argelino.

Argelia recibe ayudas económicas de Francia para frenar las migraciones, de modo que en cada cárcel nos cambiaban el nombre para dar la falsa impresión de que había más inmigrantes interceptados y así cobrar más dinero. Si no, ¿por

qué no nos llevaban a nuestro destino directamente?

En Samasasud estuvimos dos días en la misma cárcel. Había un hombre, natural de Techiman, que se dedicaba al tráfico de marihuana y que tenía mucho dinero; se lo guardaba en los calzoncillos para que los guardias árabes no se lo encontrasen, porque en esa parte del cuerpo nunca registran. Los reclusos empezaron a montar jaleo para que nos sacaran de allí de una vez, éramos siete personas por cada celda y aquel día yo me encontraba fatal, estaba con fiebre. Los policías llamaron a refuerzos.

Cuando llegaron nos pegaron como a animales. Llegaban con grandes palos y empezaban a golpear a todos, sin excepción, con gran furia: era una bestialidad. Al salir me dieron un golpe muy fuerte en la cabeza, me caí al suelo y siguieron golpeándome hasta que se dieron cuenta de que podían matarme. Estaba ya muy mal, ensangrentado, dolorido y lleno de moratones.

Llamaron a la ambulancia y vinieron a recogerme. Yo todavía estaba consciente. Me esposaron, me llevaron al hospital, me metieron dentro de una máquina y no sé muy bien lo que me hicieron. Al cabo de un rato abrí los ojos y había un policía al lado llamado Mohammed que me transmitía buenas sensaciones. Me preguntó mi nombre, se preocupó por mi estado, empezó a hablar conmigo.

—No tendrías que meterte en estas cosas —me advirtió.

—¿Qué hemos hecho? —le respondí.

—Habéis montado mucho jaleo y, claro, los guardas han tenido que actuar en la cárcel. Pero no te preocupes, te pondrás bien. Si alguna vez vuelves a Argelia, aquí tienes un amigo.

Trabamos cierta amistad momentánea mientras me vigilaba, era uno de los pocos momentos de humanidad con los que me encontré en ese viaje. Mi estado de ánimo era bajo: de pronto me había metido en un buen lío y me preguntaba si había hecho bien dejando mi posición relativamente

estable en Bengasi para embarcarme en un viaje incierto de nuevo.

Al regresar a la cárcel fui el primero al que dieron de comer. Por lo general nos sacaban de las celdas de uno en uno y nos daban un tazón de cuscús. Cuando regresé a la celda los compañeros estaban esposados. Había uno muy corpulento, aunque un poco tonto, llamado Kofi, al que utilizaban para iniciar los disturbios, porque solo hacía falta proponérselo para que empezase a montar jaleo: hacía lo que le ordenaban los líderes del grupo sin pensarlo demasiado. A pesar de su fortaleza estaba llorando porque se había dormido con las manos esposadas a la espalda y le dolía todo el brazo y no podía descansar. Lo pasó muy mal.

—No puedo más con este dolor —se lamentaba entre sollozos.

Pasamos una temporada viajando de cárcel en cárcel en las peores condiciones que uno se pueda imaginar. Dormíamos a pocos metros de los

lavabos, que estaban desbordados, y allí mismo nos daban la poca comida que nos suministraban.

Finalmente nos enviaron a la frontera de Argelia y Mali, a la tierra de nadie, nos abandonaron allí y nos dijeron que siguiéramos el camino hacia el sur. Nos estaban echando del país, abandonándonos, otra vez, a nuestra suerte. Caminamos hasta que encontramos unas cabañas y no tardaron en aparecer otros coches que, a cambio de dinero, ofrecían llevarte de vuelta a Tamanrasset, al norte. Parecían jugar a un tira y afloja con la policía de Argelia. Allí nos escondieron en un lugar y nos llevaron a Uargla de nuevo, y seguimos otra vez hacia el norte, deshaciendo el camino andado.

La ciudad de la mafia

Entre Argelia y Marruecos, en tierra de nadie, está el Valley. En este lugar, escondido del mundo, la mafia tiene algo así como su propio Estado y su propia policía. Uno de sus policías, llamado Idrisu, había sido detenido por la policía argelina con más de cincuenta pasaportes falsos. Era un chico altísimo y muy delgado..., parecía enfermo, se le veían todos los huesos. Siempre tenía las comisuras de los labios secas, blanquecinas. Le habían enviado a Tamanrasset, el lugar donde lo conocí. Tamanrasset era un sitio horroroso donde había que estar constantemente huyendo de la policía. En cuanto te veían la emprendían a golpes. Y ni siquiera teníamos un lugar en el que refugiarnos. Fue Idrisu quien me llevó de vuelta con la mafia. A cambio le tuve que pagar el viaje.

En Uargla conocimos a Abbas, que allí lo llamaban «presidente», un jefe de la mafia que tenía más de ciento cincuenta pasaportes, de Mali, de Burkina Faso y de muchos otros países francófonos. Los iba cogiendo, te miraba la cara y

los iba repartiendo, buscando parecidos físicos. Al cabo de un rato te preguntaba tu nombre.

—¿Cómo te llamas?

—Ousman.

Y acto seguido te daba un buen bofetón. Pasados unos segundos de nuevo volvía a preguntar:

—¿Cómo te llamas?

—Ousman.

Y otro bofetón. Y así con todo el mundo, por turnos. ¿Por qué hacía aquello? ¿Por qué nos pegaba? La manera de poner fin a aquellos golpes era diciendo el nombre que figuraba en el pasaporte que te había asignado, no tu propio nombre. Lo malo era que Abbas no te informaba de en qué consistía el juego: tenías que percatarte tú mismo. Cuando lo hacías, cuando respondías el nombre correcto, ya estabas preparado para salir. Así, el «presidente» se aseguraba de que no lo olvidarías nunca. Algunos tardaron bastante en darse cuenta.

Seis de nosotros cogimos un autobús legal y de esta manera, haciendo algunos transbordos, llegamos al Valley, la ciudad de la mafia desde la que llegaría al Paraíso. No sabía cómo, pero llegaría. Antes de llegar a ella fuimos a un pequeño pueblo. Fue donde Idrisu dijo:

—Aquí ya no tendremos problemas, aquí ya lo tengo todo controlado.

El Valley, como he apuntado antes, es la ciudad-Estado de la mafia, un campamento donde tienen su propio presidente y su propia policía, todo hecho de casas fabricadas de cartón y otros materiales. Allí no hay ley. Según nos acercamos, caminando desde el pueblo, vimos un campamento y un puesto de control debajo de un árbol. Allí nos identificamos. Lo que decía Idrisu era cierto: él era miembro de la organización, por lo que no nos pondrían demasiados problemas.

Luego nos llevaron ante el jefe del campamento, Razak, al que llamaban «el Tigre». Su caseta no tenía nada especial, estaba construida

con cartones, como las demás edificaciones del Valley, aunque la zona de los traficantes estaba en lo alto de una colina y estaba más limpia que el resto. Como Razak era un dagomba, vivía en un barrio aparte, con otros miembros de esa tribu. Los viajeros vivían todos juntos en otro lugar. El Valley estaba atravesado por el cauce de un río, pero el río estaba seco.

Aunque los soldados de Razak eran bastante malcarados, él parecía afable. Apareció en calzoncillos, sin camiseta.

—Bienvenidos, aquí estáis a salvo. Aquí hay unas reglas: si os portáis bien no os pasará nada. Si os portáis mal os castigaremos con dureza.

Razak había tomado el poder recientemente perpetrando un golpe de Estado dentro del Valley en el que habían muerto varias personas. Su guardaespaldas daba mucho miedo.

En el Valley también hay *sinkers*, esas personas que se quedan atascadas en el viaje, sin dinero, y no pueden avanzar ni retroceder, como

los que había visto errantes por Agadez. Puede que tengan que permanecer allí para siempre. Y permanecen trabajando para la mafia. Este lugar es un lugar de vida o muerte, donde todo el mundo va armado. Eso cuentan las canciones que allí se cantan todas las noches, muy duras, muy tristes, aunque con bonitas melodías.

Una de las letras, por ejemplo, reza: «Aquí no hay madres ni hay padres, esto es la selva, tienes que defenderte a ti mismo: quien quiera morir que lo diga».

Así que todo el mundo llevaba machete para protegerse. Todo el mundo tenía cortes y cicatrices. Todo el mundo fumaba marihuana, que estaba tirada por el suelo, para soportar aquello.

Para entrar en el Valley hay que pagar cuatrocientos dólares, aunque yo no tenía porque le había pagado el viaje a Idrisu. Pero por esa misma razón no tuve que pagar la tasa de entrada. Me dijeron que ya era una persona de confianza; de hecho, yo no vivía allí con los viajeros, sino

con el personal de la mafia, que son más de cincuenta personas. La gente se distribuye, según su país de procedencia, en diferentes zonas y toman una vía u otra hasta llegar a embarcar en la patera. Hay distintos caminos. Durante mi estancia hubo un partido de fútbol entre malienses y ghaneses: los ganamos. Hasta en estos lugares tan crueles ha de haber momentos para despejar la mente. Entre los mafiosos también hay intrigas y peleas, porque se maneja mucho dinero. Cuando yo llegué acababa de haber una en la que había muerto gente.

El Valley sirve como centro de distribución de los viajeros. Se espera en él a que se vaya acumulando la gente y, cuando hay masa crítica, organizan una expedición de salida, por la noche, para entrar en Marruecos.

Cuando entré en ese país nos llevaron Rabat, la capital, viajando por la noche. Allí están los tres grandes jefes africanos que organizan los viajes en las pateras. Cada uno es una vía para

llegar a Europa, cada uno lo dirige una mafia independiente, con su propia organización y sus propios soldados. Tienen mucho poder. Rabat ya me parecía una ciudad europea, a mis ojos era un lugar precioso. Hasta tal punto que preguntaba si ya habíamos llegado al País de los Blancos. Cuando bajamos allí, debajo de un puente, había miembros de las diferentes mafias, hombres armados con machetes.

Yo elegí el grupo de Rajman, que era el más importante. Le vi solo dos o tres veces: era un hombre elegante de no más de cuarenta años, que imponía, bien vestido con ropa estadounidense, en p l a n hip-hop, con sus collares y otros complementos. Sabíamos que tenía tres casas en Marruecos, estaba establecido completamente y vivía rodeado de mucho lujo. Cuando estás en el Valley ya empiezan a intentar que elijas un camino u otro. Cada emisario vende las virtudes de su jefe. Quiere que elijas, por ejemplo, la *Rajman connection*. Quien tiene más influencia en el

Valley, quien más propaganda ha hecho, tiene más viajeros cuando estos llegan a Rabat, donde se pagan mil dólares por el viaje en patera. Este es un mercado como cualquier otro.

Como yo ya no tenía ese dinero tuve que pedir ayuda a un primo lejano que está en Ghana y que solo he visto una vez en mi vida. Tiene una tienda de radiocasetes, la más grande de la ciudad de Wa, además de otros negocios: es un empresario de éxito. Les dije a los mafiosos que la tienda estaba situada donde se levanta el único semáforo de toda la ciudad, y con esa pista lograron localizarlo. El contacto fue a través de personas de la tribu de los dagomba, de la que forma parte Rajman, una tribu que comparte frontera con los wala y con los que mantienen cierta amistad, lazos históricos. Así que enviaron a una persona a la ciudad de Wa, en Ghana, donde encontró a mi primo y le puso al teléfono para hablar con la mafia.

—Tu primo Ousman está en nuestras manos —

le dijeron—, y necesita cuatrocientos dólares. La tortura y muerte de Ousman o cuatrocientos dólares, ¿qué prefieres?

Para probar que me tenían en su poder, me dejaron hablar con él por el teléfono.

—Por favor, dales del dinero o me matan —le rogué—, no me queda otra salida.

Era una suma importante para él, pero mi primo entregó el dinero a la gente de la mafia que había allí, en Ghana, y me salvó la vida.

En Rabat estuvimos poco tiempo, de allí partimos de tres en tres a Casablanca. Viajábamos como pasajeros normales de autobús, no por rutas de contrabando. Íbamos limpios y con pasaportes falsos. Aunque viajábamos en grupo hacíamos como si no nos conociéramos, no hablábamos entre nosotros y nos sentábamos alejados en el autobús.

Al llegar a Casablanca nos estaban aguardando

y nos metieron en un sótano que llamaban Downblow, donde los pasajeros debían esperar antes de ir a la costa. Allí me volví a reencontrar con Musa y conocí a Sadic, el hermano de Abbas. Aunque me había despedido de Musa en Bengasi cuando él iba a Casablanca, él no había conseguido salir aún de allí. Parecía que el destino nos juntaba una y otra vez. El poderoso Rajman hizo una visita de cortesía en el Downblow o, más bien, para dejar claro quién mandaba allí.

—Estad contentos porque llegaréis sanos y salvos —nos dijo con mucha ceremonia.

Allí había muchas mujeres nigerianas que habían sido violadas infinidad de veces. Parecía que ya les daba igual todo. De Nigeria, además, salían muchas redes de prostitución y, en general, mucha delincuencia. Es como si los allí nacidos ya supieran que iban a pasar muchas veces por la cárcel, con lo que les daba igual cometer delitos.

Después de una semana en el Downblow nos llevaron a un piso sin muebles donde estuvimos

hacinados varias semanas sin ver el sol, almacenados como una mercancía. Dormíamos en el suelo como si estuviésemos en una lata de sardinas, era difícil cambiar de postura, darse la vuelta. Para pasar el baño había que hacer muchas operaciones para no pisar a nadie. El encargado del piso podía dormir con más comodidad: tenía el privilegio de hacerlo solo en el balcón, donde se había montado una especie de tienda de campaña con un colchón. Aquel hombre vivía allí permanentemente. Pasábamos en ese sitio el día y la noche, no podíamos salir a la calle, no podíamos ser vistos. No podíamos hablar demasiado porque enseguida crecía el volumen del murmullo y alguien nos mandaba callar: nos podían oír los vecinos. Un hombre de la mafia nos traía los víveres. Era desesperante. Un día la bombona de gas con la que cocinábamos se incendió y tuvimos que abrir la puerta del piso y tirarla por el hueco de la escalera. Cayó envuelta en llamas. No sé cómo nadie nos denunció a la

policía marroquí.

Desde Casablanca emprenderíamos otro viaje hacia un destino todavía más al sur, a Mauritania, desde donde partían las pateras. Siempre haciendo *hiki-hiki*, que es como se llama a la práctica de ir pasando de un país a otro, cruzando la frontera en zigzag para minimizar las posibilidades de ser interceptados. El viaje desde Libia había tomado tres meses.

6

Polvo en medio del océano

Las pateras, a las que íbamos a confiar nuestras vidas, son construidas por los propios viajeros en un lugar en medio de la nada, en Mauritania, cerca de la costa. Se trata de un sitio escondido, árido, muy seco y tan plano que no ves el fin. La única vegetación son algunos hierbajos desperdigados. No se ve el mar. No se oye el mar.

Llegué con Musa, Abbas y su primo Sadic, entre otros. Como Abbas era un jefe de la organización que había ido subiendo de escalafón al correr de los años, no pagaba por viajar a Europa. Así funciona la mafia, vas escalando y escalando hasta que te «empujan» (literalmente, en inglés «*they push you*») para que hagas el viaje. Abbas era un hombre iracundo, tenía mucha furia, pero logré que nos hiciésemos amigos, me gané su confianza. Seguía utilizando mi habilidad de entablar amistad con otros más mayores que yo, o más poderosos. Quizá esta capacidad de llevarme bien con los mayores la aprendí de pequeño en Fiaso, mi pueblo natal. De camino a la escuela los

niños siempre nos peleábamos hasta que establecíamos quién era el más fuerte y ese mandaría a partir de ese momento. Aquello sí que era la ley de la selva. Yo no era el más fuerte, pero sí el más tozudo. Recuerdo que un día me peleé con un niño que era de los más fuertes. Nos peleamos hasta diez veces en el trayecto a la escuela. Yo perdía, pero insistía una y otra vez en volver a intentarlo. Al final el otro niño se acabó rindiendo, hicimos las paces y nos hicimos amigos. Siendo amigo de uno de los fuertes tenía el respeto del resto. Así aprendí cuánto ayuda hacerse amigo de un líder.

Cuando llegamos había dos pateras en plena construcción. Un hombre de piel clara era el carpintero, el que iba dirigiendo la operación. Nosotros, que éramos ghaneses y nigerianos, hacíamos lo que él decía: poner una tabla allí, poner otra allá. Luego traían la pintura negra y nos

poníamos a pintar una y otra vez, infinitas capas de pintura para impermeabilizar la embarcación.

Vivíamos en ese mismo lugar, aunque no había ninguna edificación para refugiarse. Simplemente dormíamos en el suelo, cada uno delimitaba una pequeña parcela con piedras o ramas, y colocaba allí sus pertenencias. Era algo así como su propio cuarto, aunque en realidad solo era un pedazo de suelo del desierto. Al principio nos daban comida abundante, pero con el paso del tiempo las raciones fueron menguando hasta convertirse en una barra de pan para que cada uno comiera durante tres días.

Éramos casi cien personas allí trabajando, y éramos los privilegiados, porque otros estaban esperando en otro lugar, alejados, sin saber muy bien cuándo íbamos a salir o qué estaba pasando, en la incertidumbre. Nosotros, al menos, sabíamos el estado de las cosas, el tiempo que faltaba para partir. En nuestro campamento, por llamarlo de alguna manera, los nigerianos destacaban por lo

religiosos que eran, siempre estaban leyendo sus biblias y a veces se separaban para rezar. Algunas mujeres nigerianas tenían bebés, aunque probablemente muchos no eran hijos buscados porque la mayoría son violadas u obligadas a trabajar como prostitutas en las *connection houses*, como las que yo había conocido. El ambiente era, por lo general, alegre. Una vez que te metes en el camino estás atrapado, solo te lo puedes tomar bien, porque no queda otra alternativa. No se puede mirar atrás, no hay lugar para la duda. Y, además, ya estábamos en la recta final para conseguir nuestro sueño.

Es hora de partir

Cuando llegó el momento de partir, después de un mes, había una mezcla de felicidad y terror por enfrentar el mar. Nos pusieron de rodillas y nos contaron mil veces. Durante la noche nos llevaron en coches a la orilla del mar, coches que tenían un solo faro para no ser descubiertos y que, incluso, a veces, iban sin luces. Son medidas como para hacer el paripé, porque es muy probable que la policía, aunque sepa perfectamente las coordenadas de la salida, esté compinchada con la mafia y haga la vista gorda. Unos kilómetros antes de llegar a la costa nos hicieron bajar a todos y nos pusieron a caminar por una carretera. A medida que avanzábamos nuestros oídos iban captando el sonido del mar, el continuo rumor de las olas del Atlántico. Al llegar al lugar de la partida, los coches que llevaban las pateras ya estaban allí. Nos pusieron en fila y nos pidieron

las cosas que llevábamos encima.

—Vosotros os vais a Europa y allí tendréis todas las cosas que deseéis, así que nosotros nos quedamos estas, que no os harán falta —nos anunciaron.

A mí me quitaron un reloj de plástico que había comprado en Libia y al que tenía cierto cariño. Lo que sí me llevaba era una bolsa con ropa especial para la llegada y los zapatos atados por los cordones y colgando del cuello. Luego nos fueron separando para repartir a la gente entre las dos pateras. Algunos se quedaron en tierra porque no cabían y tenían que esperar a que saliera otro convoy, a saber cuándo.

Sacaron la patera, la echaron al agua y, acto seguido, los dos hombres árabes de la organización nos comenzaron a colocar uno a uno. Yo fui el primero que subió, porque era muy pequeño. Tuvieron que alzarme en brazos para depositarme dentro. Me quedé acurrucado en una esquina, al final de la embarcación. Luego

vendrían las mujeres. A Musa le tocó viajar en la otra patera. Ya nos veríamos a la llegada. Aquella noche el mar no estaba tranquilo, había mucho viento y muchas olas, que movían la patera de un lado a otro.

—Las tres primeras olas son muy fuertes, pero no os asustéis, una vez superadas llega la calma —nos decían—. Más allá el mar está tan calmado que se podría jugar al tenis sobre la superficie.

En la patera entramos unas cien personas. La pilotaba un hombre de piel clara desde la popa, donde se encontraba el motor. Cuando ya estábamos todos, arrancamos. En efecto, las tres primeras olas fueron muy fuertes e ir allí montado, en una oscuridad absoluta, era como estar montado en una montaña rusa. Primero se levantaba el morro de la barca y luego caía muy empinada. Las gotas de agua nos salpicaban. Lo único que se veía eran, a lo lejos, algunas luces en la costa, de pequeños pueblos y carreteras mauritanos. Todo lo demás era oscuro. Pensaba que íbamos a morir en

cualquier momento, estaba realmente asustado, apretando mucho los dientes, rezando.

Pero la verdad es que, tal como nos habían contado, a partir de la tercera ola la situación se estabilizó y pudimos viajar más tranquilos mar adentro, aunque de vez en cuando alguna gran ola impactaba contra alguno de los laterales... Me entraba el agua en la boca y no veía nada: no había puntos de referencia, todo era negro excepto por las estrellas sobre nuestras cabezas. A través de ellas se orientaba el capitán.

Al cabo de un rato nos dimos cuenta de que la otra patera no llegaba y paramos a esperarla. El capitán comentó que iba a llamar para preguntar qué había pasado. Sacó su teléfono móvil y habló en árabe. Le informaron de que había problemas mecánicos, que siguiésemos nuestro camino. El capitán dijo que si iba solo quería cobrar más dinero. Y empezaron a negociar, precisamente en aquel momento tan delicado.

En la embarcación íbamos muy apretados, muy

incómodos, apenas podíamos movernos. Íbamos sin chaleco salvavidas y no sabíamos nadar. Nadie decía nada, estábamos aterrorizados. El capitán colgó y se dirigió a nosotros:

—¿Queréis ir a morir o queréis volver?

Todos dijimos que preferíamos volver. Así que dimos la vuelta. Cuando llegamos a la costa las olas derribaron la patera y caímos al agua, por suerte en un lugar donde hacíamos pie. «Corred, corred», nos apremiaban. Mientras corríamos todavía por el agua, vimos los cadáveres de los pasajeros de la otra patera. En realidad, no es que hubiera tenido problemas mecánicos, como nos habían dicho, es que se había hundido. No sé por qué razón no había superado aquellas tres primeras olas. Todas las personas que iban dentro habían muerto: no sabían nadar. Cayeron al agua y se hundieron como piedras. Estaba todo oscuro, probablemente ni siquiera sabían en qué dirección estaba la playa. Lo más desesperante es que estaban a solo a unos metros de la arena, muy

cerca; si hubieran sabido nadar habrían podido salir sin demasiada dificultad. Entre aquellos cadáveres estaba el de mi amigo Musa.

Durante mucho tiempo tuve sentimiento de culpa por su muerte. Me atormentaba la idea de que si hubiese encontrado su cadáver y le hubiera sacado el agua de la barriga podría haberle revivido. Pero no lo hice. Nos ordenaban «Corred, corred» y yo corrí fuera de la playa, donde nos indicaban los traficantes. Nos llevaron a un campamento. Se respiraba una tristeza brutal. Todo el mundo miraba al suelo. Nadie decía una palabra.

Una temporada en la caverna

Al amanecer los traficantes aparecieron dando gritos:

—¡Vámonos, vámonos, rápido! ¡Todo el mundo en pie!

Las autoridades habían encontrado a los cadáveres flotando en la orilla del mar y en esos momentos procedían a rastrear la zona. Estábamos en peligro. Un helicóptero estaba recorriendo la costa, buscándonos. Así que salimos todos rápidamente y nos llevaron a otro lugar bastante lejano. Nos metieron en una cueva de más de cien metros de profundidad. Teníamos muchísimo miedo. Los nigerianos se quedaron cerca de la entrada porque no se atrevían a entrar.

—Tenéis que entrar en la cueva, ir hasta el fondo —les decían—; ¡si os quedáis ahí nos van a ver!

—Pues no, no pensamos meternos ahí.

Tenían miedo. Y aquel lugar se convirtió en nuestra casa durante varias semanas. No nos dejaban ni salir, para que nadie nos detectara.

Cada tres días los traficantes venían a vernos y nos traían algo de pan. No hacíamos nada. Solo dormir en el suelo. Despertarnos. Estirar. Hablar un poco. Comer un trozo de pan. Volver a dormir. Día tras día. Noche tras noche. Mirándonos los unos a los otros. Esta vez éramos nosotros los que estábamos esperando a que otros fabricaran la patera y no sabíamos cuánto tiempo iban a tardar. Cuando, por fin, lo intentaríamos por segunda vez.

—Mañana nos vamos —nos aseguraban.

Pero al día siguiente nos volvían a decir lo mismo y la hora de irse nunca llegaba. A veces pensaba que quizá aquella situación iba a durar para siempre, aquel eterno estado de inquietud, aburrimiento y somnolencia. Un día Sadic se puso a llorar.

—¡Yo no quiero volver a la patera! —exclamó—. ¡No quiero!

—¡Pues tendrás que ir, no hay marcha atrás! —
le repuso su hermano Abbas.

No sé exactamente qué ocurrió, pero al cabo de un rato regresó diciendo que iba a lograr llegar, porque se lo había prometido a su madre, y por eso iba a hacerlo.

Un día a las nueve de la noche, cuando ya había oscurecido, oímos los coches que se acercaban, de los que bajaron traficantes que se pusieron a gritarnos, como siempre. Te trataban como si aquello fuera el servicio militar y ellos fueran los sargentos. «¡Nos vamos!, ¡corred!, ¡todo el mundo en marcha!». Nos pusimos a recoger todo rápidamente y tuvimos que caminar un montón de kilómetros hasta llegar a la costa. Yo, además, había perdido mis zapatos. Cuando llegamos trajeron de nuevo dos pateras y, como en la ocasión anterior, nos repartieron uno por uno. En esos momentos, después de tantas vicisitudes, tenía la sensación de que la vida no valía nada. Todo lo que hay en el mundo eres tú y dos

opciones que se abren ante ti: morir o llegar con vida al Paraíso. No había más alternativas. No sé si tenía miedo o no. Un tipo sí que tenía mucho miedo, y los mafiosos la emprendieron a golpes contra él porque lloriqueaba y se negaba a montar en la patera. Estaba aterrorizado.

—¡Cobarde, si has llegado hasta aquí, ¿cómo no vas a subir ahora?! —le recriminaban.

Al final consiguieron que embarcara.

Esa vez no había tantas olas y salimos sin contratiempos. Pero en ese viaje tuvimos mala mar de verdad cuando nos adentramos en el Atlántico. El viaje dura cuarenta y ocho horas, aunque entonces yo aún no lo sabía.

—El mar es como una montaña —decía el capitán, esta vez un pescador negro de Gambia—: primero hay que subirlo por una ladera y luego nos dejamos caer por la otra, sin necesidad de gasolina, solo con la inercia.

A mí me parecía muy raro. Lo cierto es que nunca consigues relajarte del todo: constantemente

le estás viendo la cara a la muerte. Sabes que pueden pasar mil cosas que pueden hacer que pierdas la vida en cualquier momento. Ni siquiera teníamos chalecos salvavidas. Un poco de Coca-Cola, un poco de pan, unas latas de sardinas para repartir... Cuando entraba agua, Abbas la echaba otra vez fuera, pero llegó un punto en que estaba tan cansado que no podía y la volvía a echar dentro sin querer. No le alcanzaba la fuerza.

Durante el día el mar estuvo bastante manso, era extraño estar en una barca tan pequeña en medio de la nada. Un desierto, pero esta vez de agua. Mirara donde mirase había mar; al final, solo la línea del horizonte. Yo iba rezando y hablando conmigo mismo, pidiendo que mi familia me perdonase si moría en aquel viaje, ya tan cerca de mi destino. Me repetía aquellas cosas una y otra vez, una y otra vez, por si en cualquier momento moría.

Nos cruzamos con un barco enorme y discutimos si merecía la pena acercarse a él. El

capitán dijo que era peligroso, que las olas que producía podrían hacernos naufragar. El barco pasó a lo lejos, lentamente, de largo. Teníamos dudas de si íbamos por el buen camino o nos habíamos perdido en la inmensidad del mar, como una mota de polvo en el océano.

Según iba atardeciendo el tiempo fue empeorando y la cosa se puso bastante fea. Las olas empezaron a crecer y a crecer hasta convertirse en verdaderos monstruos que amenazaban con aplastarnos, como los bichos extraterrestres de las películas. Algunas parecían verdaderas paredes verticales por las que nuestra endeble patera tenía que subir. Tenía miedo de que naufragásemos. Era todo de un color azul denso y profundo, y las formas de las olas eran muy distintas. De pronto estás arriba y de pronto abajo, parece que te van a atrapar... Qué horror. Era como una película de miedo.

La luz al final del camino

—¡Mirad!, ¡mirad!, ¡una luz! —gritó alguien la segunda noche de viaje.

A todos se nos encogió el corazón. ¿Era de verdad aquello una luz? ¿Era tierra firme? Nos quedamos mirándola muy fijamente mientras el capitán ponía rumbo hacia ella. El mar estaba revuelto otra vez y ahora nos preguntábamos si nos íbamos a quedar tan cerca, era agónico.

De repente oímos el ruido de un helicóptero. El capitán apagó el motor para que no nos oyeran. El helicóptero nos apuntó con un foco muy grande. Podía sentir sus aspas sobre nuestras cabezas. Yo pensaba que iban a rescatarnos pero, sin embargo, se fueron y la angustia volvió. No sé si nos ignoraron o era la policía y dieron el aviso de nuestra llegada.

Avanzábamos y avanzábamos y la luz parecía estar siempre igual de lejos. Pero poco a poco

empezaron a aparecer las típicas luces de costa formando hileras... Al final llegamos a una zona rocosa, una playa; afortunadamente no llegamos a una zona de acantilado escarpado de la que no hubiéramos podido escapar. Me imaginaba esa frustración: cinco años de tortuoso viaje por África para al final chocar de frente con un acantilado.

Pero no fue así. La patera encalló muy fuerte contra las rocas. El capitán no se esforzó demasiado en dirigir la embarcación a algún lugar más apacible y seguro, porque apenas había gasolina. El último tramo lo había hecho encendiendo y apagando el motor, en función de si la corriente era favorable o no, cogiendo impulso cuando podía y aprovechándolo hasta que no quedaba otro remedio. Así iba dosificando. Llegamos con el mínimo combustible.

Cuando chocamos contra las rocas la patera se volcó y muchos caímos al agua. Me vi arrojado al mar, desorientado; pensé que también iba a morir y

que iba a caer como una piedra hasta el fondo, como Musa, porque no sabía nadar. Me costó estirar las piernas porque las tenía entumecidas después de un viaje tan largo, dos días encogido entre otros cuerpos, pero cuando lo conseguí descubrí con alivio que tocaba el fondo. Apoyé ambos pies en las rocas del fondo con mucha dificultad, porque el agua me zarandeaba, me tiraba al suelo, pero finalmente saqué la cabeza. Podía respirar. Había sobrevivido. Y estaba, por fin, en el Paraíso. Al salir a tierra firme me tiré al suelo, lo abracé con fuerza: estaba a salvo, en tierra seca e inmóvil.

Abbas tenía un teléfono, así que subió el primero por las rocas y llamó, creo que al traficante Rajman. Eso fue lo primero que hizo.

—*Tousa!, tousa!* —gritaba, que significa algo así como «lo hemos conseguido». Es lo que se dice después de meter un golazo. Todo el mundo se tiraba al suelo, levantaba las manos al cielo, le daba gracias a Dios.

Sentí un helicóptero batir sus aspas sobre nuestras cabezas, no sabía quiénes eran, pero se marcharon enseguida. No sé si nos ignoraron o era el helicóptero de la policía que dio aviso de nuestra llegada. El caso es que pronto llegaron para recogernos. Nunca sabré si alguien se ahogó desembarcando. Recuerdo que había una mujer con un bebé, pero no lo volví a ver. Cuando llegué a la carretera estaba la gente de la Cruz Roja para recibirnos, dándonos mantas, pero no estaba allí aquel niño. Tampoco vi su cadáver.

Un recibimiento humano

Después de pisar tierra nos dirigimos hacia las luces más cercanas. Allí la policía nos estaba fichando; también estaban las cámaras de los periodistas, los focos, había algo de revuelo. Yo fui el último en llegar. Me llevaron dentro de un coche cómodo, me dieron de beber y de comer. Me condujeron ante el médico, que me tomó las constantes vitales y me hizo un rápido chequeo.

Yo estaba feliz, de repente alguien se preocupaba por mí, me cuidaba, de forma completamente desinteresada. La diferencia con el trato de la mafia era abismal: aquellos blancos nos recibían con cierto cariño, sonreían, nos hablaban con amabilidad y calma, nos preguntaban por nuestro viaje, por cómo nos encontrábamos. Era verdad: el Paraíso era un sitio genial.

Durante todo el proceso yo llevaba colgando del cuello mi bolsa con la ropa buena para

desembarcar en el Paraíso. Los trabajadores de la Cruz Roja nos obligaban a ducharnos, a tirar toda la ropa que llevábamos y a ponernos los chándales que nos daban, aunque yo conseguí esconder mi ropa y ponérmela debajo.

¿Dónde estaba? No lo sabía. Sabía que estaba en el Paraíso, en el País de los Blancos, al otro lado del mar. El país, según me decían, se llamaba España; yo pensaba que el Paraíso era todo uno. Y aquella era una isla llamada Fuerteventura, parte de las islas Canarias. Nunca había oído hablar de este lugar. «*Spain*» y el Barça eran las únicas cosas que me sonaban levemente.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntaron en el centro de la Cruz Roja.

—No sé —respondí—, sé que nací un martes.

Pero aquella información no parecía resultarle demasiado útil. Así que tuve que preguntar a otros compañeros por su edad para intentar hacerme una idea por comparación. Había uno, por ejemplo, que era mucho más grande que yo, muy alto, y

decía tener catorce años. Yo pensé que era imposible que ese chico fuera más pequeño que yo, así que dije que tenía catorce también, aunque en realidad no tenía la menor idea de mi edad, solo sabía que había nacido un martes.

Cuando ya estábamos identificados, nos llevaron a la comisaría. Eso ya era otro cantar: hombres altos, corpulentos, no tan simpáticos. Me daban algo de miedo. Te trataban con sequedad mientras te registraban. Nos dijeron que no podíamos entrar con nada; sin embargo, tampoco me mandaron quitarme mi querida ropa que llevaba debajo del chándal. Creo que como era pequeño me iban haciendo pequeños favores, hacían la vista gorda conmigo.

Encerrado en el CIE

Luego nos llevaron al Centro de Internamiento de Extranjeros (CIE). Era un edificio blanco y bajo, rodeado de alambradas y de terreno seco y descuidado. En la puerta vi un asta con una bandera formada por dos franjas rojas horizontales y una franja amarilla, algo más gruesa, en medio. Era la primera vez que veía la bandera de España. Después de varios controles nos ingresaron en el centro y nos condujeron a una sala enorme, como una nave industrial, llena de literas. Allí te dan una manta y te asignan una cama. Nos ducharon, nos proporcionaron jabón y pasta de dientes. Dormimos la primera noche y al día siguiente, bien temprano, sonó un timbre muy fuerte. Había que levantarse. Nos colocaron en fila como militares. Nos dieron bollos y café para desayunar. En general, en el CIE pasé algo de hambre: nos daban comida, es cierto, pero nunca era suficiente. Milo,

un compañero, nos rapaba la cabeza, porque teníamos muchos piojos. También me sacó las decenas de astillas y otras cosas que tenía clavadas en las plantas de los pies, que estaban negras porque había perdido los zapatos después de bajar de la primera patera y llevaba mucho tiempo caminando descalzo. Ya no sentía el dolor.

En el CIE no ves nada, está todo sellado, vallado, nunca imaginé que iban a meterme en un sitio así en el Paraíso. Eso sí: ese centro era para mí como un hotel de cinco estrellas, sobre todo comparado con los lugares en los que había vivido, en el suelo de una cueva en el desierto, en el piso atestado de Casablanca o en un burdel libio. Aquí tenía una cama para mí solo. Aunque luego, viviendo en España, descubrí que es una prisión, una cárcel.

Una de las funcionarias del CIE tenía muy mala leche. Creo que era así para hacerse respetar y poder ejercer la autoridad siendo mujer, cosa a la que los que nos hallábamos allí metidos no

estábamos acostumbrados. Cuando nos colocaba en fila siempre nos golpeaba a todos con la porra, sin ningún motivo, porque solíamos ser colaboradores y dóciles. A la mínima te golpeaba. Cuando le tocaba a ella el turno todos los reclusos estábamos asustados. Muy mala leche, creo que innecesaria.

Estábamos en el CIE y no sabíamos nada, no sabíamos dónde estábamos, ni por qué, ni cuánto tiempo íbamos a pasar en esa situación. Para mantenernos ocupados nos sacaban al recinto exterior, con carretillas y herramientas. Había que cavar, hacer surcos para canalizar el agua y ese tipo de tareas... Trabajos de mantenimiento, en definitiva. Desayunábamos, comíamos, cenábamos, trabajábamos, nos dejaban jugar al fútbol.

Me movían con frecuencia de una estancia a otra. Los trabajos más humildes —limpiar, servir la comida, recoger los utensilios de cocina...— los hacíamos los propios reclusos, sobre todo la

gente que llevaba más tiempo en el centro.

De hecho, existían algunos chanchullos, intercambios de favores, para que te pusieran más cantidad de comida en el plato que la ración normal, por ejemplo. Cosas habituales en las prisiones. Aunque el ambiente no es tan violento como en una cárcel, sí que se forman grupos de afinidad dependiendo, entre otras cosas, de si procedíamos de antiguas colonias británicas o francesas.

Existen estereotipos absurdos, como que los que venimos de países angloparlantes somos más espabilados que los francófonos, porque pertenecemos al Imperio británico, que dominó el mundo. Son rumores e ideas preconcebidas que no tienen demasiado fundamento, pero que circulan. Eso sí, paradójicamente, los franceses tenían más dinero porque su moneda tenía más valor que la nuestra y habían conseguido llegar a España ahorrando más. Yo no tenía un duro, aunque tampoco es que me hiciera falta: solo se podía

gastar el dinero en tarjetas telefónicas dentro del CIE. Algunos acostumbraban a extraer de tapadillo fruta del comedor, cosa que estaba prohibida, y a vendérsela a los francófonos. Se establecen ciertas jerarquías dentro de aquellos muros. Yo ni siquiera era demasiado consciente de que existía la posibilidad de que me devolviesen a África. Estaba tranquilo.

Un día me llevaron a un lugar fuera del centro donde me tomaron fotos, me hicieron muchas preguntas y me pusieron las muñecas en una máquina. Me hicieron unas radiografías para determinar mi edad, mirando el estado de formación de mis articulaciones. Determinaron que tenía diecisiete años. Con esa edad la ley internacional me amparaba y tenía derecho a quedarme en el país. Cada tres días nos metían en unas pequeñas habitaciones individuales de entrevista y nos hacían prácticamente las mismas preguntas una y otra vez. Estabas en una habitación oscura donde, de pronto, oías voces que te

preguntaban cosas, muchas veces en tu idioma.

—*What's your name? Who is your father? Who is your mother? Where are you from?*

Yo creo que repetían tanto estas entrevistas para detectar posibles contradicciones y mentiras en lo que ibas diciendo encuentro tras encuentro. Un compañero, Yima Nkoranza, tenía la cara morada, yo creo que porque mentía y le pegaban: era nigeriano y se hacía pasar por ghanés, porque había pasado mucho tiempo en el campamento de la mafia y había aprendido a hablar uno de los cuarenta y dos idiomas de Ghana, el twi. Creo que lo hacía porque sus perspectivas eran mejores siendo de Ghana, debido a los convenios internacionales, los acuerdos entre países.

Después de un mes salí del CIE. Me reconocieron el derecho a permanecer en España debido a mi edad. Me dijeron que me enviaban a Málaga, lo que me pareció muy bien, aunque no sabía qué era Málaga o dónde estaba.

El día que me sacaron nos llevaron a unos

quince esposados y fuertemente vigilados por policías muy armados, con grandes escopetas. Me sorprendía porque, visto el despliegue, parecíamos criminales muy peligrosos o terroristas islámicos. Me recordaba a cuando nos interceptaron en Argelia. Nos llevaron al aeropuerto, donde nos metieron en una pequeña avioneta rumbo a la península. En Málaga nos transportaron en otra furgoneta hasta otro centro de inmigración, con policías en la puerta, donde nos quitaron las esposas.

Allí pasé solo tres días. La novedad es que nos dejaban salir, la puerta estaba abierta, podíamos volver para dormir. Nos anunciaron que éramos libres.

—¿En qué lugar de España te gustaría vivir?
—me preguntó una funcionaria que estaba detrás de una mesa.

Yo era un completo ignorante de la geografía española, así que no sabía en qué parte del país me gustaría residir.

—¿*Spain*? —pregunté.

—Sí, *Spain, Spain*; ¿en qué lugar de *Spain* quieres vivir?

—Barça —contesté, por el equipo de fútbol.

—Querrás decir Barcelona.

La mujer se empezó a reír pero, en efecto, me envió a esa ciudad. Esta es la principal razón por la que me fui a vivir a Barcelona. A veces la vida tiene esas carambolas raras. Me trajeron un billete de tren, una botella de agua, un plátano y un bocadillo de atún. También me dieron un documento que decía que yo era el número 101, igual que en los campos de concentración que veo en las películas de la Segunda Guerra Mundial. Me tranquiliza pensar que es porque nuestros nombres son difíciles de pronunciar, pero me gustaría tener una respuesta algún día.

Ese era mi equipaje para comenzar una nueva vida.

7

El Paraíso era esto

Cuando me desperté había amanecido y yo había pasado toda la noche en el tren. Tenía el cuerpo algo dolorido de dormir en posturas forzadas. Tenía muchas ganas de orinar, pero no sabía que en los trenes españoles había baño, así que había pasado todo el viaje aguantándome. En Ghana no hay trenes.

Al pisar el suelo en mi nueva ciudad, Barcelona, sentí una inmensa felicidad. Luego sentí miedo, porque vi una escalera mecánica, cosa que no había visto antes, que me pareció una serpiente enorme y peligrosa, una pitón. Todo me resultaba nuevo y excitante. Y había muchas cosas que no comprendía. Así era, por fin, el Paraíso, la tierra prometida. Era el 24 de febrero del año 2005.

Caminando por la calle miraba las casas, que me parecían muy altas, me fijaba en los árboles y los colores, para adivinar el clima y buscar referencias. En mi primer día en la ciudad me pasé el día observando las cosas, asombrado, como si

con mi mirada fuera quitando el envoltorio a un regalo que me acabasen de hacer. Me paré en un parque a contemplar cómo unos chicos jugaban al fútbol. El entorno era completamente diferente a lo que yo estaba acostumbrado. Era todo precioso y apacible. Todo parecía abundante. Y era libre para hacer lo que quisiese. Me sentía exultante.

Pero aquella libertad también tenía un lado difícil: no tenía dónde dormir, ni conocía a nadie, ni sabía hablar el idioma. Todo empezaba de cero. Yo iba saludando a todo el mundo por la calle, como es costumbre en mi país, pero ninguna persona me contestaba. Mucha gente parecía extrañada de que me dirigiese a ellos sin conocerlos.

«¡Qué extraños son estos blancos! —pensé—, ¿de qué se asustan?».

Luego fui comprendiendo que aquí no es costumbre saludarse de esa manera. Por la noche, con los seis euros que tenía (me los había dado la funcionaria del centro de Málaga) me dirigí a una

panadería y compré unos bollos y un refresco, en los que casi me gasté todo mi dinero. No era un buen comienzo: la primera comida y ya me vaciaba los bolsillos.

Todo el día lo pasé caminando y acabé durmiendo en la zona de Navas, no sé por qué mi paseo errático me llevó a parar a aquella zona. Intenté dormir primero en la entrada de un parque, pero cada vez que oía un coche me asustaba, me levantaba y salía corriendo. Al fin y al cabo, en mi viaje en África el peligro siempre estaba al acecho y mi subconsciente todavía estaba acostumbrado a reaccionar a aquella amenaza constante. Era la necesidad de estar siempre alerta, que quizá en España no es tan perentoria. Como hacía mucho frío —era febrero— a cada rato me ponía a dar saltos y a hacer otros ejercicios para entrar en calor y luego me volvía echar a dormir un rato más.

Al día siguiente, sentado en un banco, tomando el fresco, sentí una especie de impulso que no

sabía de dónde venía. Como una voz que me decía: «Ousman, levántate y habla con esa mujer, que seguro que te va a ayudar».

Perseguí a la mujer, que caminaba entre la multitud, hasta que se percató de mi presencia y se volvió. Entonces yo le empecé a hablar en inglés, pero ella no me comprendía. Me cogió la mano, nos apartamos del tránsito de la calle, buscó su teléfono móvil en el bolso y llamó a su marido, que sí sabía el idioma. Me hizo mil y una preguntas. Me preguntó, una vez más, cuántos años tenía.

—Nací un martes —le respondí.

Después le expliqué al marido, que se llamaba Armando, quién era yo y qué me pasaba. Que acababa de llegar a España el día antes y que estaba perdido porque no conocía a nadie.

No tengo ni idea de por qué mi impulso me empujó a parar a esa mujer y no a otras de las decenas de personas que pasaban a aquella hora por la calle. Luego me enteré de qué había sido

una casualidad cósmica que ella estuviera allí, porque vivía en Sant Cugat y nunca iba a pie por Barcelona. Solía ir en coche, pero aquel día, por alguna razón, había cogido el metro. Y nunca pasaba por Navas, porque, a pesar de tener una tienda en Barcelona, la tenía en el barrio de Gracia. Aquel día estaba allí simplemente porque su hijo había montado una pequeña empresa y su despacho estaba en ese barrio.

Montse me llevó a un bar cercano y me invitó a desayunar. Allí también pude ir al baño: no quería hacer pis en la calle por si me atrapaban y me hacían algo malo. Ahora que había llegado al Paraíso sano y salvo no quería estropear las cosas por una cuestión menor como mis ganas de orinar. En el Paraíso no se escupe en la calle y mucho menos se hace pis. No quería que me metiesen en un avión de vuelta a África. Debía comportarme correctamente.

Tras ir al baño ya estaba más relajado. Luego Montse me dibujó en un papel cómo ir a la Cruz

Roja, me acompañó a la estación de metro y me compró un billete. También me dio su número de teléfono y me hizo entender que no quería que volviese a dormir en la calle, porque hacía mucho frío.

Primer viaje en metro

El primer escollo que tuve que superar fue vencer el miedo a la enorme pitón que eran las escaleras mecánicas. Recuerdo que el hecho de que hubiera un tren bajo tierra no me sorprendía demasiado, ya me había habituado a que todo fuera surrealista, a vivir en un mundo imaginario. Tampoco tenía en la cabeza el concepto de que el metro, aquel túnel lleno de gente y trenes, era una red que se extendía por debajo de toda la ciudad y que podía utilizarse para llegar a muchos lugares. Ya abajo, me dediqué a observar a los demás transeúntes para aprender cómo había que manejarse en aquel laberinto subterráneo. Y me embarqué en dirección a plaza de España.

En el vagón iba agarrado a la barra, sorprendido de cómo viajaban los dioses, de cómo vestían los dioses. El caso del atuendo de las mujeres me llamaba especialmente la atención,

porque en Libia apenas hay mujeres por la calle, no puedes hablar con ellas y, en definitiva, no van vestidas como las europeas. Precisamente aquel día en el metro conocí a una mujer. Yo estaba en el andén de plaza de España, intentando encajar de alguna manera el mapa que me había dibujado Montse en una servilleta con el plano urbano que había en la pared: no había manera. No sabía leer y no entendía todas aquellas líneas y símbolos. Entonces oí una voz femenina detrás de mí. Se me hacía raro tener a una mujer tan cerca.

—Hola, ¿tienes problemas? —me dijo—, ¿te puedo ayudar?

Como no la entendía se puso a hablar en inglés. Yo estaba un poco turbado y confuso por aquel ofrecimiento espontáneo de ayuda. Era una chica joven con mallas y minifalda. Me dijo: «No estás en Libia, tranquilo, estás en otro continente, no te va a pasar nada por hablar con una mujer». Así que acepté su ayuda. Se llamaba Eva y tenía veintitrés años. Le conté mi situación someramente

y le dije que quería llegar a la Cruz Roja. Tenía un único documento que me habían hecho en Málaga. Decía que era el número 101, que había estado en manos de la policía y que podía estar en España.

—Yo te llevo, tengo una amiga sudamericana que ha llegado hace dos meses y sé qué gestiones hay que hacer —se ofreció Eva.

—Si tú lo dices...

Volvimos a montar en el metro. Me dijo que me sentara a su lado, pero me quedé de pie: no quería tocarla. La miré de arriba abajo mil veces. Le fui perdiendo el miedo, porque era alegre y habladora.

—Yo lo que quiero es ser blanco —le confesé —, quiero ser piloto de avión, y médico, e ingeniero.

Ella se rio.

—¿Cómo?, ¿todo eso?

Eva estuvo toda la mañana conmigo. Le conté muchísimas cosas, mis peripecias, mis sueños... y fuimos a un montón de oficinas de inmigración,

con el documento de marras. Pero sin éxito.

—Creo que esta gente piensa que estamos juntos y eso no es beneficioso para tus trámites — me comentó Eva.

—Pero estamos juntos ahora, ¿no?

—¡Ya, pero me refiero a juntos como pareja!

En la esquina de la calle Princesa con la calle Comercio me dijo que tenía cosas que hacer esa mañana, así que debía ir al siguiente lugar yo solo a ver si así me aceptaban y me daban alojamiento.

—Toma —dijo—, te regalo mi mochila. Tú la vas a necesitar más que yo.

Y, además, me dio cuarenta euros y un número de teléfono.

—Pero ¡no me llames hasta que seas médico, ingeniero o piloto de avión!

Me dijo que aún era pobre, vivía con sus padres y no me podía ayudar más. Pero cuando por fin me hubiera establecido podríamos celebrarlo. Pensé: «Para ese momento seguro que no falta demasiado. Disfrutaremos mucho».

Rehaciendo mi vida

El encuentro con Eva y con Montse me generó muchas expectativas, había humanidad en aquel sitio, y me hizo albergar esperanzas de ser algún día totalmente aceptado, ser uno más en aquella sociedad tan prodigiosa. Es bueno que exista gente así.

EICA, que así se llamaba el lugar donde me presenté, es un centro educativo donde los adultos inmigrantes van a aprender español y catalán. Mi caso era complicado, porque no solo tenía que aprender a leer y escribir en español, sino que además tenía que aprender a leer y escribir por primera vez. En Ghana solo había estudiado dos años, prácticamente era analfabeto. Solo había aprendido de niño a leer algo de árabe, a recitar de memoria hasta un 15 por ciento del Corán: nunca lo olvidaré, eso se queda para siempre.

Tenía muchas ganas de ir a la escuela, de

aprender, aunque luego resultaba difícil. Mi concepción de Europa era tan inocente que pensaba que aquí todo era muy fácil, que en estos lugares adquirirías conocimiento como por arte de magia o utilizando una máquina muy sofisticada que te metía el conocimiento en la cabeza manipulando tus circuitos cerebrales, como un robot futurista. Pero había que trabajárselo. En solo tres meses conseguí hablar castellano y catalán: siempre he tenido buen oído para los idiomas. También había hecho muchos progresos en la escritura.

Cuando comencé en clase, Clara, la profesora y directora del centro, empezó a dibujar cosas y a poner su nombre al lado, para que aprendiésemos vocabulario. «Sombrero», «elefante»..., como los niños pequeños. Gracias a mi memoria fotográfica y mis ganas, me quedaba con todo. Tenía mucha necesidad de aprender para desenvolverme ahí fuera. Aunque lo del elefante no me sirvió de mucho, porque no hay muchos elefantes en

Barcelona. Sombreros sí que hay.

En EICA me dijeron que si quería alojamiento tenía que regresar a la Cruz Roja de plaza de España, justo donde había empezado mi ronda. Conocí a un chico, Julio, argentino y recién llegado; era fotógrafo, hablaba inglés y sabía llegar a plaza de España. Así que me junté con él. Y en plaza de España nos destinaron a dormir en un polideportivo de Poblenou. En los siguientes días me pegué a Julio porque yo no sabía ir solo a ningún lado, era algo así como mi guía. Él tenía mapa y sabía interpretarlo. También estudiábamos juntos en EICA e íbamos a comer a un comedor social católico en una iglesia. Vivía sin dinero: estudiando, paseando, comiendo en el comedor, durmiendo en Poblenou.

A la tercera noche me dijeron que no podía volver allí a pernoctar porque ese centro estaba solo disponible durante las semanas de más frío del invierno. Ahora tenía que regresar a la calle, buscarme la vida de nuevo. Julio y yo nos

separamos: cada uno iba a seguir su propio camino. Yo iba a los lugares pidiendo trabajo, pero nadie me entendía y, si lo hacían, no me daban trabajo. Descubrí que llegando a Europa en las condiciones en que yo había llegado era fácil entrar en un círculo de pobreza e indigencia del que es muy difícil salir. Es complicado comenzar una vida desde cero si eres un inmigrante africano, sin amigos, sin estudios, sin dinero, sin conocer bien el idioma. No tienes nada. Y eso veía que les pasaba a muchos, que se quedaban estancados, como los *sinkers* que había visto en las diferentes etapas de la ruta de la inmigración, aunque la vida en España no fuese tan cruel como en Agadez o el Valley. Debería haber algunos circuitos, alguna manera, me dije, de que toda la gente que llegue pueda escapar de la rueda de la pobreza. Tiempo después descubrí que igual no resultaba tan interesante para el país: dentro de la economía sumergida hay muchos inmigrantes, mano de obra barata, que trabajan en el campo español, como

jornaleros, recogiendo fruta sin contrato, y en otros puestos que los españoles no quieren.

Vuelta a las calles

En esta nueva época callejera intentaba dormir cerca de donde estudiaba. Fue una etapa bastante dura, donde empecé a pensar que Barcelona era la selva urbana. Aquellos días me sentía como en una selva porque yo no sabía llegar a ningún lado y tenía que pernoctar en la calle. Había muchos centros donde refugiarse y donde comer, pero todo estaba escrito en un idioma que yo todavía no entendía. Los papeles y las explicaciones que me daban en la Cruz Roja me resultaban incomprensibles. Estaba completamente desvalido.

Un día estaba sentado en la calle, en un banco, y apareció un hombre negro y bien vestido. Me habló en inglés.

—¿Tienes hambre?

Le contesté que sí, y me llevó a comer a un restaurante por la zona de la Barceloneta. Era de Senegal y llevaba diez años viviendo en Bélgica,

decía que estaba muy asentado. Quería que lo acompañara a un pueblo y lo seguí hasta el tren. Cuando nos dimos cuenta estábamos en Puigcerdá, en la frontera con Francia. Me dejó esperando en una plaza y al cabo de un rato apareció con dos personas más y me llevaron a una casa. En ella vivían bastantes chicos senegaleses. Había uno que era el más chulo, el líder, que tenía su propio ordenador portátil... Era rapero o algo así. Los otros eran más normales, chicos religiosos. El hombre me prometió trabajo, dinero para comprar cosas para vender en la calle. Creo que también había allí algunos negocios relacionados con la venta de marihuana. Me iba a resolver la vida, vaya.

La vida te mete en situaciones extrañas. Aquella noche, mientras yo dormía, me intentó forzar sexualmente. Me quería violar. Me resistí y acabé durmiendo en el suelo. Él tenía miedo de que yo hiciese mucho ruido y los demás se despertasen y se enterasen de lo que estaba

ocurriendo.

A la mañana siguiente no hablamos de ello, desayunamos como si no hubiera pasado nada. Salimos otra vez, cogimos el tren, me dijo que teníamos que ir a otro pueblo. Me prometió que no volvería a intentar tener sexo conmigo y que me iba a respetar. Yo asentí. El tren viajaba hacia Barcelona, pero nosotros, decía el hombre, teníamos que bajar a medio camino. Cuando llegamos a la parada me dijo:

—Aquí es, venga, baja.

—No —le respondí—, yo me quedo.

—¡Que bajes!, ¡es esta parada!

—No, yo sigo hasta Barcelona.

Me intentó obligar, forcejeamos un poco, pero como había más gente en el tren cesó en su empeño porque no quería dar un espectáculo. Tampoco tenía mucho tiempo porque las puertas del tren se iban a cerrar otra vez. Así que él salió del vagón y yo me quedé dentro. Y así me libré de ese hombre y regresé a Barcelona.

En otra ocasión estaba sentado en un parque y apareció una señora. No conseguía entenderme muy bien con ella, pero fue a su casa y volvió con unos cruasanes para comer y con su hija. Me dijeron que fuera con ellas, eran de Guinea Ecuatorial, antigua colonia española en África. Al cabo de un rato, vino un chico muy bien vestido: el marido de su hija. Muy jóvenes, pero ya casados con niños.

—¿Y no conoces a nadie aquí? —me preguntaron.

—No —contesté—, no conozco a nadie en Europa. Estoy completamente solo.

Me llevaron a su casa, donde vivían todos. Me dieron ropa y me duché. Por la noche empecé a llorar: estaba muy triste en aquellos tiempos, no podía evitarlo.

—No te preocupes, no llores —me dijo el chico—, ya estás a salvo aquí. No pasa nada. Venga, vámonos de fiesta.

Así que me dejó algo de su ropa, nos juntamos

con unos amigos suyos y nos fuimos a una discoteca de guineanos. Iba llegando cada vez más gente, muchos bailaban, era una buena fiesta. Me dijeron que hablase con las chicas. «Estoy yo para hablar con chicas...», pensé. Sin embargo, me dejé llevar y lo pasé bien. Luego regresamos a casa caminando, un camino muy largo en los que mi nuevo amigo y su mujer discutieron. Cuando llegamos a la casa me dormí en el sofá. Así estuve tres días con ellos, pero era imposible comunicarse bien porque yo no sabía español y ellos no hablaban bien inglés. Así que empezaron a preguntar por ahí, por los barrios, quién podía conocer a algún ghanés. Y así localizaron a un chico que podía conocer a algún ghanés, vivía en las afueras, en Torre Baró. Lo llamaron y le hablaron de mí.

Fui a conocerlo. Se llamaba Erik. Me llevó a su casa, que tenía tres habitaciones, dos de las cuales estaban alquiladas a otras personas, entre ellas un rasta que era muy dejado. Él dormía en el

sofá porque ahí tenía el televisor y se quedaba mirando la pantalla hasta las tantas. Me tuve que ir de casa de Erik porque quería traer a su mujer.

Así pasé un tiempo, estudiando y vagabundeando, saltando los tornos del metro, sin objetivo definido, bastante deprimido, durmiendo en la calle de nuevo. ¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Había hecho un viaje tan largo y peligroso para quedarme estancado en aquella situación incierta? Entonces recordé a Montse, la mujer a la que había abordado por la calle y que me había dado su número de teléfono por si me encontraba en apuros. La llamé un mes más tarde.

Una profesora del centro me ayudó a enviar un mensaje de texto con su móvil, porque yo no tenía medios. Al final del mensaje puse mi nombre: Ousman. Y poco después envié otro mensaje explicando quién era, por si no se acordaba de mí. Le dije que era el chico al que había ayudado en la calle para llegar a la Cruz Roja y que ella era la única amiga que tenía. Montse contestó que fuera

al día siguiente a plaza de Cataluña, que allí me encontraría con Armando, su marido. Yo no sabía dónde era ese sitio, pero cuando lo vi me di cuenta de que pasaba por allí a diario. Me pareció absurdo. Tampoco sabía cómo iba a reconocer a Armando.

—Tú vete allí y os acabaréis encontrando — me indicó Montse.

Así que allí me planté al día siguiente a la hora y en el lugar convenidos. Lo cierto es que no fue demasiado complicado dar con él, y eso que hay muchísima gente en esa plaza porque es un punto de encuentro habitual para los barceloneses. Apareció Armando y empezamos a cruzar miradas, intentando ver la complicidad en los ojos del otro, hasta que se me acercó y me preguntó si yo era Ousman. Y, en efecto, yo era Ousman. Montse, me dijo, se sumaría más tarde.

Me invitó a comer a un Kentucky Fried Chicken y me puse hasta las botas de pollo frito. Armando era un hombre serio pero cordial.

Estuvimos hablando de toda mi peripecia; él me contó que estaba jubilado, que era ingeniero y comercial.

Montse tenía su propia tienda en el barrio de Gracia, vendía ropa interior, pijamas..., todo ese tipo de productos. Yo le enseñé todos los papeles que confirmaban que había hecho muchos cursos, uno de pintor, uno de albañil y hasta uno de alicatador, para mostrarles que quería aprender, que quería integrarme, que tenía buena disposición. Entre esos papeles apareció uno que decía que yo tenía un abogado asignado en la Cruz Roja. Tenía tantos papeles que ya no sabía qué era cada uno. Así que al día siguiente fuimos a la Cruz Roja, porque aquel abogado era el que me podía ayudar.

Fin del viaje en el tiempo

Y al día siguiente ya estaba allí antes de la hora, con los libros y los apuntes de clase, porque estaba nervioso y no tenía otra cosa que hacer. Cuando llegaron Montse y Armando entramos en la oficina. Montse, en cuestión de carácter, era la antítesis de su marido: muy alegre, muy optimista, muy extrovertida... y decía que todo iba a salir bien. Consultamos al abogado, que se llamaba Gerard, acompañados de Maribel, la asistente social, y este nos explicó que tenía dos opciones: una, conseguir un certificado de nacimiento de mi país donde se dijera que tenía diecisiete años; de esta manera el gobierno tendría la obligación de hacerse responsable de mí hasta los dieciocho. Pero no tenía ese certificado y no era suficiente con las pruebas que me habían hecho los médicos. Y ese certificado no existía, en la selva no se hacen ese tipo de documentos. Es otra realidad,

otra cultura, otro siglo. A veces me siento como un hombre que ha vivido en tres siglos a la vez: el de la selva africana, el del mundo árabe y el de Europa, lugares que parecen existir en tiempos distintos. Un viajero en el tiempo. Alguien que desde arriba puede ver los tres siglos a la vez y compararlos. Así veo mi vida: a veces es una ventaja y otras me perjudica.

La otra era que Montse y Armando me acogieran como tutores legales hasta los dieciocho años. Y aquí ocurrió el milagro, porque decidieron hacerlo. No dudaron. Eso era una buena noticia, una grandísima noticia, aunque tengo que confesar que también me causaba una buena dosis de miedo: tal vez aquella entrañable pareja quería aprovecharse de mí de alguna manera, al fin y al cabo no los conocía de nada. Después de ver tanta vileza humana en mi viaje, desconfiaba de todo el mundo. Pero al final resultó que sí eran de fiar. Tiempo después me contarían que tomaron la decisión pensando en que si sus hijos se vieran en

esa situación les gustaría que alguien los ayudara. En el momento en que por fin sucedió, en el que mis padres prometieron acogerme, Maribel se puso a llorar como una niña.

—Es que nunca había visto un caso así — confesó con los ojos húmedos.

Mis padres tenían un piso de renta antigua y que estaba vacío. Mis padres lo mantenían porque no generaba muchos gastos y no querían perderlo. Allí me alojaron hasta que llegó, alrededor de una semana después, el juicio en el que se firmaba la documentación en la que ellos se comprometían a cuidarme. El piso estaba vacío y tenía tres habitaciones; como no sabía dónde dormir, acabé durmiendo en la habitación más pequeña, como si necesitara estar bien recogido.

La primera mañana cogí celo y me puse a reparar el papel de pared, que estaba levantado y roto por culpa del perro del anterior inquilino. Lo dejé todo bien arreglado, dentro de mis posibilidades, antes de irme a clase de idiomas.

Al mediodía había pasado Montse a dejarme una bolsa de ropa y le había hecho mucha ilusión ver la pequeña mejora. Creo que eso le dio confianza; de hecho, luego me enteré de que llamó a Armando y le dijo que conmigo no iban a tener ningún problema, que era un chico responsable. Yo no lo hice con la intención de agradar, simplemente vi que había algo estropeado y que había que ponerlo bien. Eso es todo.

El juzgado

Era una escena como de película, algo intimidante: había cuatro jueces, un abogado a cada lado, mis padres y yo. «Todo esto lo han montado por mí», pensaba. Leyeron muy solemnemente un texto en el que se me preguntaba si aceptaba ser español y ser acogido por aquella familia.

—Ser español no —afirmé—, yo lo que quiero es ser catalán.

Lo cierto es que por aquel entonces yo no tenía ni idea de que existía un conflicto entre el gobierno español y el independentismo catalán; lo decía, tan solo, porque mi familia hablaba en catalán y yo quería ser parte de mi familia, no por ninguna ideología política. Se me hacía muy extraño que si mis padres eran de la tribu de los catalanes, a mí me hicieran de la tribu de los españoles, como si de walas y dagombas se tratase.

La situación, vista desde fuera, era bastante rara: aquel chaval de diecisiete años recién llegado de Ghana que en un juzgado de España dice querer ser catalán. Fue tan rara que se formó un silencio absoluto. Nadie movía un dedo. Me fui dando cuenta de que había dicho una barbaridad. Pero después de unos segundos eternos de silencio, estupefacción y miradas cruzadas, todos empezaron a curvar la boca hasta que se desbordó una risa generalizada.

—Lo sentimos, chico —me dijeron—, por el momento lo único que te podemos ofrecer es ser español. Así que, o lo tomas o lo dejas.

—¡Claro, claro, claro que lo acepto!

Por fin estaba a salvo

La primera vez que dormí en la casa de mis padres hicieron una reunión para presentarme a la familia y celebrar. Luego, cuando se hizo tarde después de la cena, mi madre me acompañó a la habitación que me había preparado para pasar la noche y me metió en la cama como si fuera un niño de cinco años: me arropó y me dio un beso en la frente. Apagó la luz y salió. Cuando escuché la puerta cerrándose y me quedé en el silencio y en la oscuridad, la cosa, paradójicamente, se complicó: lo pasé muy mal.

Tenía agua caliente, calefacción, comida, una cama de matrimonio enorme solo para mí. Sin embargo, ajeno a la placidez exterior, mi interior sufría una tormenta. Se me cayó el mundo encima. De pronto, ya no tenía que luchar. Creo que era la primera vez que me relajaba del todo desde mi partida, ya no había incertidumbre en el futuro,

estaba seguro.

Me puse a llorar como un niño, pasé la noche preguntándome por qué había sufrido tanto. Si realmente está todo predestinado, como dice el Corán, si esta familia estaba aquí esperándome... Estos seres que me quieren desinteresadamente, solo por lo que soy, por el hecho de quererme. ¿Estaría esto escrito? Pero ¿no podría Dios haber hecho que llegara de otra manera? ¿Por qué me había puesto tantos obstáculos? ¿Por qué no los había traído a ellos a África, de safari, por ejemplo, y había hecho que nos encontrásemos? ¿Por qué tanta lucha? ¿Por qué tanta tortura? ¿Por qué Musa había muerto? ¿Qué delito habíamos cometido? ¿Qué había hecho mal?

EPÍLOGO

Alimentando mentes

Desde entonces soy español y tengo una familia.

Al principio, cuando los llamaba «papá» y «mamá» les sorprendía, no les parecía muy normal.

—¡Mamá! —la llamaba.

—¿Cómo que «mamá»? —me respondía Montse.

Además, con el *pack* del padre y la madre, había ganado dos hermanos, una hermana, un sobrino y una sobrina.

Mi entrada en la familia fue fácil, encajé perfectamente, sentí que aquello era un puzle al que le faltaba una pieza, y yo era esa pieza. Me sentí muy acogido y muy querido, sin ningún rechazo por ningún lado.

Oriol, por ejemplo, el hermano más joven, estaba muy orgulloso de tener un hermano negro. Me recogía cuando jugaba el Barça (que, como he contado, era el motivo por el que yo estaba en Barcelona y no en Murcia o Madrid) y me llevaba con sus amigos al partido. Recuerdo la vez que me

presentó en sociedad. Era una reunión en un piso, me dijo que esperara en el coche, que iba a gastar una broma. Subió al piso y contó a la pandilla que tenía un nuevo hermano y que era negro. Todo el mundo se lo tomó a broma, ¿cómo era eso posible? Así que Oriol bajó a buscarme y me enseñó, para la sorpresa de todos. ¡Entonces tuvieron que creerle! Siempre me lo pasé muy bien con él.

Yo seguía viviendo por mi cuenta en el barrio de Gracia, en el piso familiar, pero iba tanto a la casa de mis padres en Sant Cugat y me quedaba tantos días a dormir en ella, que ya pasaba casi más tiempo allí que en el piso. Mientras tanto iba estudiando: primero a leer y escribir, español y catalán, luego el graduado escolar, después el bachillerato y por fin llegué a la universidad. En el bachillerato escogí la rama científica porque me interesaba mucho la ciencia. Entretanto también trabajaba para poder pagarme los estudios. Había encontrado trabajo en una tienda de bicicletas, donde me encargaba de repararlas.

¿Un químico en la familia?

Me apunté al bachillerato nocturno para poder mantener mi trabajo. Tenía muchísima curiosidad e ilusión por aprender. Algunas noches me costaba dormir, porque estaba nervioso por descubrir nuevos conocimientos al día siguiente. Creo que no es una cosa muy común entre los estudiantes de aquí, pero yo estaba ávido de conocer las cosas del mundo a las que antes no tenía acceso.

Algunas noches tenía que estudiar, y como trabajaba por el día en el taller, me entraba el sueño. Para no dormirme sobre los libros tenía un truco sencillo pero efectivo: llenar un cubo de agua fría y meter dentro los pies. Eso me mantenía despierto. Mucho mejor que el café y otros excitantes. Con los pies en el agua es imposible dormir, ni queriendo.

En clase éramos solo tres chicos y todas las demás, chicas, cosa que me llamaba la atención

porque, como ya he contado, no estaba acostumbrado a tratar estrechamente con mujeres. Me ocurrían cosas: a veces tenía que pasar lista y como los nombres catalanes tienen pronunciaciones particulares, la gente se reía de cómo los decía. Lo cierto es que no me gustaba nada, no me hacía ni pizca de gracia: si fuera blanco hubieran notado cómo me iba poniendo rojo de la vergüenza. Así que un día no aguanté más, me enfadé mucho y empecé a hablar en inglés y a poner a caldo a todos los compañeros, con mucha rabia.

—¡Me parece muy mal que os riais de mí! —les grité—. ¡Me gustaría veros leyendo en mi dialecto, en wala, o en ashanti! ¡Entonces me iba a reír yo!

Se quedaron flipando porque, además, su nivel de inglés era muy bajo y probablemente no entendían ni una palabra de lo que decía. Así me gané el respeto. Todo el mundo se quedó callado. Y me hicieron delegado de clase por aclamación

popular.

También me llamaban la atención los fenómenos naturales. En segundo de bachillerato hicimos prácticas de laboratorio de química. Teníamos que analizar el ácido acetilsalicílico, la aspirina. Debíamos dibujar la molécula y ver cuáles eran los enlaces que se rompían, liberaban calorías y mitigaban el dolor de cabeza.

—No me creo eso que me cuentas de las aspirinas —le dije al profesor—, a mí no me vas a engañar.

—¿Cómo que te engañó?

—A mí me han engañado mucho en mi vida, pero ahora no me engañan más.

—Pero ¿qué es lo que no te crees?

—La aspirina no cura el dolor de cabeza. Lo que hay que hacer es lo mismo que hacía mi padre, que era chamán.

Discutimos mucho, pero el profesor, Luis, tuvo muchísima paciencia conmigo, que no estaba dispuesto a creerme eso. Me preguntó cómo lo

hacía mi padre y le expliqué algunos rituales chamánicos, el uso de algunas plantas medicinales, cortezas de limones o piñas. Lo que yo no sabía es que el ácido acetilsalicílico se saca de la corteza del sauce. De ahí lo de «salicílico». Al final de bachillerato había que hacer un trabajo de fin de curso y propuse analizar una planta de las que usaba mi padre, algo así como la planta madre. Pero era un proyecto demasiado sofisticado para el instituto.

La casualidad quiso que el profesor se fuese a un congreso de farmacia y coincidió allí con algunos directores de varios laboratorios y farmacéuticos. Les interesó lo que les contó mi profesor sobre mí, y acabé conociendo a algunos de estos directivos. Me dijeron que si quería seguir ahondando en estos asuntos debía estudiar Farmacia, porque tenía condiciones y curiosidad para ello. Si avanzaba en la materia me darían facilidades para estudiar esa planta en sus propios laboratorios, y hasta me la traerían de Ghana. Y es

lo que me dispuse a hacer, sería algo así como un chamán occidental, un farmacéutico.

Aunque finalmente la nota solo me dio para Química, porque la nota de corte en Farmacia era muy elevada. Estudié Química una temporada, con la idea de cambiarme de carrera posteriormente. Pero no me lo podía pagar y la exigencia de clases y prácticas era incompatible con mi trabajo. La forma en la que está estructurada la carrera no favorece a un estudiante que al mismo tiempo tiene que ganarse el sustento. Obviamente, el sistema educativo español es mejor que el de Ghana; en caso contrario quizá hubiera podido estudiar allí, pero también tiene sus cosas. Como inmigrante, sin pasaporte español, tampoco tenía derecho a becas.

A mí me encantaba estudiar el átomo y esos temas científicos, creo que si hubiera tenido la suerte de tener tiempo, *background* y, sobre todo, el dinero, habría continuado por el sendero de la ciencia. Lo que más me impresionaba era la fotosíntesis, la idea de que la energía no se crea ni

se destruye, sino que se transforma en las plantas, cómo es la base de la supervivencia en el planeta Tierra. ¿Cómo es posible que la luz solar acabe siendo la energía que tienen los alimentos, el pan, por ejemplo? Me apasionan la ciencia y la ingeniería, siempre me han llamado muchísimo la atención. Nunca fui la estrella que más brillaba en clase, pero teniendo en cuenta las dificultades que tenía, creo que siempre he dado lo mejor de mí.

Por otro lado, el concepto de vacaciones no me entra en la cabeza, no he acabado de acostumbrarme a él. Solo cogía vacaciones para hacer los exámenes. Una vez tuve que ir de vacaciones con una novia y fue complicado, porque no sabía muy bien qué había que hacer, por qué perdíamos el tiempo de aquella manera. No necesitaba aquello, necesitaba comida, necesitaba ropa... No entendía que tenía derecho a vacaciones, todavía no lo llevo del todo bien eso de estar sin hacer nada.

Mi vida pasaba a gran velocidad. Estudié

Relaciones Públicas y Marketing y decidí montar mi propia ONG. Tenía claro que no quería que otros chicos pasasen por lo que yo había sufrido y que el modo de ayudarlos era por medio de la educación. Porque si yo había pasado por todo eso era por desconocimiento. Después, conseguí sacar un diploma en ESADE, una de las mejores escuelas de negocios del mundo. No es que me tocase la lotería, porque seguía reparando bicicletas, sino que obtuve una beca.

—Yo no vengo aquí a pedirte un millón de euros —dije durante la entrevista—, simplemente creo que tengo la obligación de llegar a más vidas con la ONG que he creado, NASCO Feeding Minds. Y estos estudios me ayudarían mucho para tratar de que la juventud en Ghana no tenga que hacer el terrible viaje que yo tuve que hacer.

—He trabajado en este sector durante muchos años —respondió— y he visto muchísimos casos, pero el tuyo es único.

Me dijo que si podía tener el suficiente tiempo

libre en mi trabajo, me daría una beca para realizar el curso. El primer año no pude hacerlo porque aún no había acabado la carrera, al año siguiente lo hacían en Madrid, no en Barcelona, y yo no tenía dinero para desplazarme hasta allí. A la tercera fue la vencida: ahora ya tengo mi título.

Tuve mucha suerte de estar en el lugar adecuado en el momento oportuno. Sin duda me siento una de las personas más afortunadas del mundo, solo por el hecho de estar vivo y presente aquí y ahora. Nunca podré agradecerlo lo suficiente.

También he tenido la suerte de conocer a una serie de personas que me han ayudado a lograr todas estas inimaginables y grandes metas. Reconozco perfectamente que no hubiera sido capaz de llegar donde he llegado sin el apoyo de muchas personas que me han dado la mano. Después de unas vivencias tan duras como las que he vivido, es muy fácil pensar que el mundo está lleno de mala gente, pero yo prefiero creer que la

gente es buena, lo que ocurre es que la buena gente hace menos ruido.

Necesito contar mi historia para que no haya más historias como la mía que contar

En Ghana ocurre una cosa curiosa, que desde Europa se ve entre divertida y triste. En los colegios se enseña algo de informática, pero, como no se dispone de ordenadores, se enseña de una forma muy particular: se dibuja la pantalla en la pizarra con tiza: los iconos, los menús, el teclado, el ratón, etc. Se representan documentos de Excel en la pizarra, a mano. Muchos solo pondrán en práctica ese conocimiento cuando vean un ordenador. Muchos no verán un ordenador en su vida.

Y así se aprende, en diferido, sin ni siquiera tener una máquina en la que practicar. Es muy extraño. Así que desde mi ONG NASCO, cuyo lema es «*Feeding Minds*», elegimos ese punto de

acción: construiríamos auténticas aulas de informática en escuelas rurales, bien provistas de ordenadores, proyector, pantallas, etc., todo lo necesario para que los niños ghaneses puedan aprender informática en buenas condiciones. No hay mejor manera que aprender desde la práctica, aprender haciendo. Ese es nuestro granito de arena para mejorar el país y colaborar en la resolución del drama de la emigración desde el mismo origen.

La idea de NASCO Feeding Minds es crear las condiciones en Ghana para que los jóvenes de allí no sientan la tentación de emigrar a Europa. Que no tengan que pasar por las penalidades por las que yo tuve que pasar. Que nadie más muera en el desierto o en el mar. Y la mejor forma de hacerlo es mediante la educación, fundamental para saciar su curiosidad, sus ansias de conocimiento. *Feeding Minds* significa en español «alimentando mentes», y eso es lo que tratamos de hacer. La educación, en última instancia, puede colaborar de manera decisiva al desarrollo del país.

Empecé a pensar en mi ONG en el año 2010. Después de dos años de darle vueltas a la idea, de probar vías que no llegaban a buen puerto, de pequeños fracasos y pequeños aciertos, conseguí tener un proyecto mucho más definido. Primero pedí ayuda al gobierno de Ghana, pero no resultó fácil. Así que entendí que tenía que hacerlo por mi cuenta. Aprendí a escribir un proyecto. Me inspiré en un proyecto de *crowdfunding* londinense que trataba sobre reparación de bicicletas, y comencé pensando precisamente en eso, en el *crowdfunding*. Sin embargo, no tuvo éxito: no disponía de contactos ni dominaba las redes sociales. Así que algunos amigos me prestaron algo de dinero para empezar y usé mis ahorros. En el banco me dijeron que era peligroso sacar mi dinero, pero no tenían ni idea de por lo que había pasado: estaba acostumbrado a cuidar de que no me robaran. No era mucho, pero era un comienzo.

Regresé a Ghana por primera vez en 2012. Me

costó volver, porque no quería recordar nada de todo aquello. De hecho, mis padres españoles me propusieron ir de visita al poco de conocerlos, pero yo no quería saber nada, era demasiado duro. Mi padre, además, había muerto en 2008. En el ínterin, habíamos hablado por teléfono, pero la comunicación era difícil, era difícil explicarle cómo era Barcelona, no podía caberle en la cabeza. Nunca en su vida había hablado por teléfono y le sorprendía constantemente que aquella voz que se oía a través del aparato fuera mi voz. «Ousman, pero ¿eres tú?». Me preguntaba si estaba rodeado de los hombres blancos. Le decía que sí. Me preguntaba qué comía, les preocupaba eso, no iban mucho más allá. No eran conversaciones muy profundas.

Cuando regresé a mi pueblo mi madre no me reconocía. Quería llegar por sorpresa, así que me compinché con mi hermano, con el que hablaba más a menudo, porque vivía en la capital y eso facilitaba la comunicación telefónica. Yo le iba

pagando la educación. Así que le dijimos a la familia que iban a ir unos amigos de visita, porque ya habían ido otros amigos míos con anterioridad. Llegué hasta mi pueblo en taxi. Me bajé y quería ver si la gente me reconocía. Iba vestido con ropa que no llamaba la atención allí, una camiseta gris, unas chancas. Eso sí, mi pelo, algo descuidado, no es normal por allí. Es como de *hippy*. El pueblo estaba completamente cambiado; fui yo el que no lo reconocí. No veía ninguna referencia, no recordaba nada. Las casas se queman con frecuencia, se reconstruyen, cambian de lugar, llueve, se llena todo de barro... El pueblo estaba en continua mutación. Y había pasado mucho tiempo.

De repente mi hermano mayor, que sustituye a mi padre como chamán, se cruzó conmigo, me miró de arriba abajo y se dio cuenta de que era yo. Se sorprendió mucho. Me preguntó que qué hacía allí, le dije que estaba buscando el camino para ir a casa. Me llevó, pero le pedí que no avisase al

resto de la familia. Cuando llegamos, mi madre estaba trabajando en las tareas del hogar, tendiendo maíz en el patio central. Según entramos nos miró de reojo y preguntó:

—¿Quién es este chico amigo tuyo con ese pelo raro?

—Es un amigo mío de toda la vida, ¿no te acuerdas de él? —la engañó mi hermano.

Me volvió a mirar, extrañada; yo permanecía tranquilo, como si nada. De pronto se le iluminó la cara: me reconoció. Y me abrazó, se puso a llorar... lo había pasado muy mal por mí, me había echado mucho de menos; yo también rompí a llorar: fue muy emocionante.

Hubo mucha alegría en el pueblo. No me dio tiempo a mucho. En mi pueblo tuve que hacer muchos rituales, porque era la primera vez que regresaba después de la muerte de mi padre, visitar la tumba... Se trataba de rituales donde se sacrifican animales y, de alguna manera, se avisa al padre, que está en el más allá, de que has

vuelto. Mi padre había prometido antes de morir que, si algún día yo volvía, él daría gracias a sus dioses, cuando todo el mundo pensaba que yo había muerto, pero él todavía albergaba la esperanza de que yo viviera. Estuve dos semanas, no solo en el pueblo, sino también trabajando en el desarrollo de la ONG por el resto del país.

Mi hermano, que era mi colaborador sobre el terreno, había intentado lograr la colaboración del gobierno de Ghana. No le hacían caso, hasta que entendí que le tenía que vestir de traje. En África la imagen es muy importante, a la gente le gusta aparentar. Y si no aparentas, lo tienes crudo, algo que a mí me molesta mucho. Pero el gobierno soy yo, el gobierno eres tú, somos responsables y tenemos que ir hacia delante. Y eso hicimos, siguiendo la máxima de Gandhi: «Sé tú mismo el cambio que quieres ver en el mundo».

Otra de las primeras propuestas era en una

escuela de, como ya he comentado, una de las zonas que generan más inmigración, la región en la que me crie, el Brong-Ahafo. Gasté unos mil seiscientos dólares en los permisos, pero después de tanta negociación y tanto gasto la escuela no firmó los documentos finales para poner en marcha el proyecto. Con mis propios ahorros y el dinero que me prestaron un amigo, Gerard Muñoz, y una amiga, Laura Santaló, obtuve cuarenta y cinco ordenadores de segunda mano, que compré en el propio país para ahorrar el transporte, que eleva mucho los costes.

Finalmente logramos firmar acuerdos con otras escuelas.

Así que cogimos los ordenadores y los llevamos a Swala, en la zona del norte, donde conseguimos poner en marcha la primera aula de informática.

La escuela se llama San Augustine Junior High School, y es donde realmente comienza la andadura de NASCO, el 12 de septiembre de

2012. A ella acceden mil trescientos alumnos de cuatro centros educativos diferentes de la región. Gracias al uso de la sala de ordenadores se ha mejorado el porcentaje de aprobados de un 52 a un 71 por ciento. Luego vendrían otras aulas en otras localidades, hasta sumar la cinco actuales. Ya hemos impactado en la vida de once mil niños.

Todo esto tiene un coste. Mi idea es que las cosas no se regalan. Así que hay que pagar un precio simbólico para utilizar las clases: de esa manera se valorarán más. Parece que si no cuesta nada la gente piensa que no tiene valor. Además, así tendría recursos para hacer frente a reparaciones e imprevistos. El precio son treinta céntimos al trimestre.

Creo que esta es la manera de cooperación más efectiva: más que alimentar las barrigas, alimentar las mentes. Y siempre en colaboración con la población local, que es la que mejor sabe las necesidades que existen. Y eso hacemos. Algunas noches me acuesto pensando que llegamos

a once mil niños y que, si a uno solo de ellos le ahorro pasar por lo que me ha tocado vivir, todo habrá valido la pena. Y por razones como estas pienso que necesito contar esta historia, hasta que no haya más historias como esta que contar.

Nota final

Soy consciente de que mi caso es una excepción y que, entre los cientos de jóvenes que cada día inician viajes como el mío, la mayoría no llegan a su destino. He tenido suerte, y se la quiero devolver a todos los niños y niñas de mi país, dándoles herramientas para que puedan decidir su futuro habiendo recibido educación e información. Si piensas que nadie se merece vivir una historia como la que acabas de leer, te invito a que conozcas los proyectos de NASCO y, si te gustan, nos ayudes a evitarlo:

<https://nascoict.org/es/socios/>

Agradecimientos

Mis más profundos agradecimientos a Florencia Cambariere, directora literaria de Penguin Random House en Argentina, y a Xavier Grant por ayudarme a hacer de este libro una realidad. Sin vosotros no hubiera sido posible.

Además, me gustaría transmitir mis más profundos agradecimientos a:

Mis padres, Armando y Montserrat, por haberme dado la mano en el momento en que me encontraba en el pozo más profundo y en el que me sentía la persona más invisible de Barcelona. Gracias por haberme dado la oportunidad de volver a nacer cambiando así el rumbo de mi historia, iluminándome el camino de una manera tan especial. A veces me cuesta creer que solo hace trece años que nos conocemos, sobre todo cuando me dices que parece que llevemos toda la

vida juntos. Yo tengo la misma sensación. También quiero reconocer vuestra humildad, que no hayáis querido salir en los medios de comunicación porque pensáis que no habéis hecho nada excepcional. No tengo dentro más que un enorme y profundo agradecimiento.

A mis hermanos, por aceptarme en la familia como un hermano más, sin ningún problema. Gracias también a Banasco Seidu Nuhu, por haberme escuchado y haber tomado mi palabra, que ahora es nuestra palabra: *Alimentando mentes*. Con tu perseverancia y fortaleza, todo tu esfuerzo se verá recompensado en un futuro no muy lejano. Gracias a Abdul Aziz Seidu por aprovechar con todas tus fuerzas esta pequeña oportunidad que se te ha dado. Estoy convencido de que lograrás sacar lo mejor de ti.

También quisiera dar las gracias a todas las personas y los voluntarios que hicieron posibles la creación y el funcionamiento día a día de la Ong Nasco Feeding Minds; a Gerard Muñoz y Laura

Santaló por prestarme el dinero para poder comprar los primeros ordenadores y también por vuestra implicación.

Me gustaría dar un especial agradecimiento a todos los voluntarios y colaboradores de Nasco Feeding Minds, por vuestro compromiso y dedicación, pero sobre todo por vuestra confianza y apoyo, especialmente en los momentos difíciles: Josep Maria Torné, David Lorenzana, Sonia Barahona, Daniel Pagés, Jordi Cegarra, toda la familia Martín, y la Familia Pol Pau, Ignasi Pi, Cristina Castells, Nagore Espanyol, Isabel Parelladas Basté, Mónica Massagué, Blanca Cegarra, Bet Garriga, Rosa Sitjà, Alba Pardo, Felix Capella, Blanca Molins, Gisela Muxella.

Gracias a Mercè Espinosa, presidenta de Mehrrs, por cedernos un espacio en las oficinas de tu empresa y tu implicación a nivel personal.

Además, quisiera mencionar a los grandes amigos que desde la sombra hacen unas tareas increíbles para el funcionamiento de la ONG: Eva

Maria Vidal, Ferran Marqués, Ignasi Carreras Jordi Ros, Jesús Giménez, Evaristo Aguado, Amparo Martinez, Buster Norsk y en especial a Nuria Alegre, por tu preocupación y gran profesionalidad a la hora de legalizar la ONG y estar siempre dispuesta a ayudarme en temas burocráticos de forma desinteresada. Te lo agradezco profundamente.

2018 fue para mí un año en el que no solo conocí a grandes amigos, sino que también tuve la suerte de encontrarme con personas con una enorme humanidad. Gracias de todo corazón por vuestro apoyo: Josep Santa Creu, Ignasi Pietx, Jordi Villacampa, doctor Bonaventura Clotet, Raúl Ciprés, de Creativialab, Miguel García y Susana Gembarowski, y todos los que no he podido nombrar...

También me gustaría dar las gracias a los amigos que me disteis vuestra confianza desde el primer minuto: Gerard Muñoz, Laura Santaló, Ana Pallàs, David Marín, Cristina Goula, Montxo

Dueso, Elena Álvarez, Roser Castellà, Mercè Martín Goula, Alan Taxonera, Dani González, Roger Sañé y Rius, Jordi Sirvent y Joan Camacho. Muchas gracias por regalarme todas estas vivencias juntos.

Tampoco puedo olvidarme de los amigos de Castellers de Sant Cugat (*Gausacs de Sant Cugat*). Me ayudasteis mucho a romper estereotipos, entre muchas otras cosas.

Me gustaría también agradecer especialmente a Borja Xicoy, por animarme a estudiar en la universidad cuando creía que no podía. Aún recuerdo cuando me venía a buscar para que fuera a estudiar con él a la biblioteca de la facultad de Empresariales. Entonces yo solo estudiaba castellano y catalán, pero me fui impregnando del ambiente universitario. Gracias por inspirarme, hoy puedo decir con orgullo que tengo un título universitario.

María Paloma, no podía acabar este libro sin mencionar tu nombre: desde tu humilde y

tranquilísima posición siempre me has querido como a un hijo. Nunca olvidaré el apoyo que me diste para conseguir sufragar la matrícula universitaria.

Gracias, Koos Kroon, por darme mi primer trabajo. Aparte de ser un jefe, eras un hermano mayor. Siempre me animaste a estudiar y me diste todas las facilidades y flexibilidad para que pudiera combinarlo. Apostaste por mí, fuiste una pieza clave en mi proceso de legalización. Gracias por todo el apoyo.

Gracias a mis profesores:

Josep Maria Tanco, por tu paciencia, tu motivación en todo momento y especialmente por tu dedicación para que pudiera aprobar literatura castellana. Fueron largas horas de estudio y de clases particulares, incluso los sábados por la noche. Gracias por tu generosidad y tu ayuda.

Gracias, Eduardo Hernández; contigo vi la

nieve por primera vez, aprendí el concepto de la fotosíntesis y su importancia. Gracias por nuestras discusiones sobre la existencia del universo.

Luis Serrado, profesor de química de bachillerato del Instituto Menéndez-Pelayo: gracias por tu paciencia, sobre todo por aguantar mis preguntas y a mí cuando pensaba que me tomabas el pelo al decir que la aspirina podía curar, porque yo creía que el único remedio era la magia negra.

Gracias a mis compañeros de estudios:

Alba Millán, Catalina Javiera, Jaume Gayard, Laura Liesa, Bernardo Santos, Carlota Bozal, Yvone Vila, Uri Roca, Ferran Carbó, gracias a cada uno de vosotros por nuestras eternas tardes de estudio.



Archivo personal del autor

Crecí en la selva africana, en un pueblo de Ghana. Mi infancia fue feliz, nunca pasé hambre, pero la curiosidad por conocer el mundo me empujó a querer viajar al País de los Blancos. En la foto, mi hermano mayor, Yakubu, con sus dos hijos en el campo, en busca de la comida del día.



Archivo personal del autor

Cuando era un niño hacía mis propios juguetes. Se me daba muy bien construir camiones. Entonces no sabía que, al otro lado del mundo, existían millones de juguetes muy sofisticados.





Archivo personal del autor

Cada día caminaba siete kilómetros para llegar a la escuela,
que no era más que un montón de sillas bajo un árbol. Si
llovía, nos marchábamos a casa.



TAG ID efespthree068157



EFE. TAG ID efesptwo532967

Cuando decidí ir en busca de lo que para mí era el paraíso, el País de los Blancos, no sabía que tardaría cuatro años en llegar ni que tendría que enfrentarme al terrible desierto, donde estuve a punto de morir, ni a los traficantes de personas y las mafias, ni al terrible mar, donde perdí a mi mejor amigo. Ni que el paraíso no era tal y como pensaba y que allí también estaría solo, durmiendo en las calles.



Archivo personal del autor

Mi primer año en Barcelona. En el reflejo aparecen mis padres, que me acogieron y me hicieron uno más de su familia cuando yo tenía diecisiete años y llevaba meses durmiendo en las calles de la ciudad. Ellos siempre dicen que solo actuaron como les gustaría que hicieran con un hijo suyo si se encontrase en la misma situación.



Archivo personal del autor

Mi madre, mi sobrina y yo en la piscina de un *camping* disfrutando de las vacaciones. Todavía me costaba entender que las vacaciones consistían en dejar la casa para ir a dormir en el suelo en unas tiendas de campaña, al lado del mar, como si fuera un lujo. Yo decía: «Pero si el lujo es la cama de casa».



Archivo personal del autor

Mi entrada en la familia fue fácil, sentí que aquello era un puzle al que le faltaba una pieza, y yo era esa pieza. Lo naturalicé tanto que desde que Armando y Montserrat me acogieron empecé a llamarles mamá y papá. «¿Cómo que mamá?», me decía ella al principio.



Archivo personal del autor

Visitar Ghana por primera vez después de todo lo que había pasado fue duro. Al principio mi madre no me reconoció.

En la foto, al lado del jefe de la tribu y de su ayudante, portavoz del rey del pueblo de Fiaso.



Archivo personal del autor

Con el papa Francisco durante la misa que celebró por los refugiados y los emigrantes el 6 de junio de 2018.



Archivo personal del autor

Cuando miro esta foto me parece un sueño. Recuerdo al chico que llegó desde África y que solo supo decir «Barça» cuando le preguntaron dónde quería residir. Cuando el presidente del club leyó la anécdota publicada en *La Vanguardia*, me invitó al palco. Pensé que quizá ya había llegado al paraíso.



Archivo personal del autor

Regresar a Ghana tras todo lo que había vivido fue duro, pero también lo era tener que volver a hacer aquel viaje

Ghana-Barcelona que la primera vez me había supuesto tanto sufrimiento. Esta vez era en avión. En la foto con mis hermanos, que me acompañaron al aeropuerto.



Archivo personal del autor

Con mis padres, muy contento de recibir el permiso de
residencia.



Archivo personal del autor

Yo solo soy uno de los millones de inmigrantes que tratan de cruzar la frontera. Pero hay algo que me diferencia de la mayoría: tuve mucha suerte. Ahora dedico mi vida a la educación, alimentando las mentes de niños y niñas de mi país para que nunca tengan que vivir lo que yo he vivido.



Archivo personal del autor



Ousman Umar, nacido en Ghana, llegó a Europa con 17 años. Acogido por una pareja catalana, estudió Relaciones Públicas y Marketing y realizó un máster en Cooperación Internacional. En 2012 fundó Nasco, ONG con sede en Ghana y en Barcelona a través de la cual brinda educación en su país natal. En 2018 se integró en el equipo de Proactiva Open Arms. En 2019 escribió su libro de memorias *Viaje al país de los blancos* donde narra su epopeya.